



DIA 0: IR A ST JEAN PIED DE PORT	3
DIA 1: ST JEAN PIED DE PORT - RONCESVALLES.....	4
DIA 2: RONCESVALLES - LARROASAÑA.....	6
DIA 3: LARROASAÑA – CIZUR MENOR	7
DIA 4: CIZUR MENOR – PUENTE LA REINA	8
DIA 5: PUENTE LA REINA – ESTELLA.....	10
DIA 6: ESTELLA – TORRES DEL RÍO	12
DIA 7: TORRES DEL RÍO – LOGROÑO	14
DIA 8: LOGROÑO - NÁJERA.....	15
DIA 9: NÁJERA - GRAÑÓN.....	17
DIA 10: GRAÑÓN – SAN JUAN DE ORTEGA.....	20
DIA 11: SAN JUAN DE ORTEGA - BURGOS	23
DIA 12: BURGOS - HONTANAS	25
DIA 13: HONTANAS – FROMISTA	27
DIA 14: FROMISTA – CALZADILLA DE LA CUEZA	29
DIA 15: CALZADILLA DE LA CUEZA – BERCIANOS DEL REAL CAMINO	30
DIA 16: BERCIANOS DEL REAL CAMINO - RELIEGOS.....	32
DIA 17: RELIEGOS - LEÓN	33
DIA 18: LEÓN – HOSPITAL DE ÓRBIGO.....	34
DIA 19: HOSPITAL DE ÓRBIGO – RABANAL DEL CAMINO.....	36
DIA 20: RABANAL DEL CAMINO - MOLINASECA	38
DIA 21: MOLINASECA – VILLAFRANCA DEL BIERZO	40
DIA 22: VILLAFRANCA DEL BIERZO – O CEBREIRO	41
DIA 23: O CEBREIRO - SAMOS.....	43
DIA 24: SAMOS - FERREIROS.....	45
DIA 25: FERREIROS – PALAS DO REI.....	46
DIA 26: PALAS DO REI – ARCA DO PINO	48
DIA 27: ARCA DO PINO – SANTIAGO DE COMPOSTELA.....	50

DIA 0: IR A ST JEAN PIED DE PORT

KM: 0 (Únicamente las vueltas que dio el tren de Hendaya)

FECHA: Jueves, 27 de Marzo de 2003

RECUERDO QUE...

¡Joer lo lejos que quedaba St Jean Pied de port de Madrid! ¡Y lo que me mosqueó que los de Renfe no tuviesen ni idea de ir hasta allí sin mi ayuda! “*Por favor, vaya usted a información para que conozca el precio del billete de Bayona a St Jean*”, “*No encuentro San Juan en esta guía francesa*” ¡vaya cosas!. Y todo esto no me fue suficiente como para desconfiar de la compañía de trenes española. Mi tren a Hendaya fue muy puntual, eso sí, en un principio, que no me hizo de extrañar la tardía hora de llegada que estaba prevista; salía a las diez de la mañana y llegaría a las cinco menos diez de la tarde. ¡Pero bueno! ¿Qué es eso de que tenga que desviarse tanto para pasar por ciudades que alargaban en demasía el recorrido como Ávila, Valladolid, Burgos...?. Poca gente en el tren... ¡normal!. Y alguno que ya se lo sabía pretendía hacerme creer que el tren llevaba casi una hora de retraso. ¡Y en efecto!. Perdí el siguiente tren a Bayona, gracias al maravilloso servicio de trenes que tenemos en este país con el que me veré el gusto de no tratar de volver a usar en un tiempo t , cuando t tienda a infinito y mi tiempo a cero. “*No problem*” es lo que pensé al saber que salía otro tren de Hendaya y que pasaba por Bayona una hora más tarde que el mío. Veamos ahora en Bayona... “*Lo siento, pero no hay más trenes hasta mañana; el último salió a las seis*”, me dijo la taquillera. “*Sí, pero en España me dijeron que había otro a las siete*”, alegué con la información que me dieron. “*Pues la información que le dieron en España no es correcta*”, respondió. Y tan incorrecta que era, como que ese horario de que el último era a las siete vale en verano u otras fechas que no llego a recordar. Me vuelvo a cagar en esta compañía española, pero creo que no tienen remedio pues yo no sería capaz de hacer las cosas tan mal a propósito. Y la solución fue quedarse en Bayona, a ver, ¡no me iba a ir andando hasta St Jean, sólo y por la noche!. “*Vaya mal comienzo que he tenido*” es lo primero que se me fue pasando por la cabeza. Y aún así, tenía aún más ganas de ir hasta St Jean y empezar todo este fenómeno del camino. ¡Y la envidia que me daba no poder estar con los demás peregrinos que seguro que estaban ansiando mi paso por el albergue...!. Las fortalezas de Bayona, iluminadas en esta amenazante noche de lluvia me esperaban para que un peregrino a las puertas de St Jean las pudiese visitar sin más remedio. El dueño del hotel-restaurante en el que me alojé se alegra cuando me quiere hacer ver que a él le fascina el camino y que hizo por Valcarlos una parte del mismo a caballo. La noche de paseo es de esas que ya te habías imaginado en una ciudad no española, aunque ésta era más parecida: calles solitarias y restaurantes ya cerrados desde las primeras horas de la noche como si un fuerte vendaval hubiese pasado por allí y lo hubiese arrasado todo tras él. Lo que si se ha contagiado es la abundancia de bares y el vasconquismo (que si el nombre de algunas calles, hotel de vascos, bares, sanfermines ...); bueno, también a alguno se le contagiaría otra cosa cuando oía hasta las tantas a alguien oír música heavy francesa a tope y gritando como un condenado desde la habitación del hotel. Solo quiero esperarme una noche, al día siguiente esperaba volver a ser un peregrino; un peregrino que empezaba desde Francia a caminar, y en ese por entonces, hasta donde me diese tiempo pero siempre en dirección a Santiago de Compostela, al lado de la buena gente que me esperaba encontrar.

DIA 1: ST JEAN PIED DE PORT - RONCESVALLES**KM: 27****FECHA: Viernes, 28 de Marzo de 2003****RECUERDO QUE...**

¡Y qué ganas que tenía de llegar a St Jean! ¿Será un mito para mí llegar hasta allí?. No lo creo, pero es que ya... parece serlo, y... ¡ya era hora de llegar!. La red de trenes de la Aquitania francesa sería la que me llevase a este punto de comienzo para hacer el Camino de Santiago a pie. El tren recorría unos parajes encantadores y me alegraba pensar que pronto encontraría recompensa al esfuerzo que puse para alcanzar este punto de comienzo. A veces, dudé que ese fuese el viaje definitivo en ese preciso tren y que me llevase a St Jean, ¿lo conseguiría al fin?. En efecto, allí estaban otra vez las flechas amarillas, y lo que me resultaba más extraño: veía flechas amarillas fuera de España. Llegué a las diez de la mañana, pero... ¡y el paseo que di hasta que encontré el ansiado albergue! ¡y la alegría que me entró cuando entré a sellar que hasta le di dos besos a la hospitalera!, aunque más tarde pensé en la estupidez que había hecho pues incluso allí se dan tres besos y no dos. Sellé y me aconsejaron en principio que me quedase un día porque la etapa a Roncesvalles la consideran peligrosa; incluso aconsejan salir entre las siete u ocho de la mañana como muy tarde. Quería volver a sentirme un peregrino, volverme a implicar en el camino, y eso significaba que debía andar desde ese mismo momento; forcé a la hospitalera para que me advirtiese sobre unas fotos de las vicisitudes de la jornada junto con un mapa fotocopiado que llevé durante todo el camino con los puntos tan singulares por los que debería pasar y de aquellas desviaciones que no debía dejar de pasar por peligro a meterme en un lío y perderme. Me tomaron nota para el caso de que si llamaban desde algún punto de España a Roncesvalles supiesen que salí desde St Jean y tener así un mínimo control de la gente que sale desde allí. Me obsequiaron con una lista de albergues para el camino que encontré utilísima con las distancias entre ellos y el número de camas disponibles; me ayudaría, pues lo llevaría hasta Santiago. Volver a encontrar el camino, ese punto de comienzo de ruta, me iba a resultar igualmente complicado por lo que directamente me obsequiaron con otro plano, uno de la ciudad de St Jean, junto con unos puntos clave para que me detuviese a comprar pan y comida para llegar hasta Roncesvalles, donde ni siquiera allí iba a encontrar tiendas. La señora del albergue desintencionadamente me advirtió de que la gente salía a las siete de la mañana y yo saldría casi a las once, por lo que andaría justo de tiempo si el albergue cerraba antes de las ocho de la tarde; más tarde añadió que no era el día propicio para entrenarse, así que fuese tranquilo. Bueno, en Madrid, cuando fui a la Asociación para sacar la Credencial me avisaron que esta etapa era difícil y de que habría que estar preparado si no quería que me pasase factura en las próximas etapas del Camino; pero, es que el que me lo dijo salió a las diez y media de St Jean y en enero, y llegó... ¿por qué yo no? .Al principio tuve miedo cuando empezaba a dar los primeros pasos por si la rodilla que me causó problemas en mi último Camino de Santiago volvía a resentirse a las primeras de cambio. Sin duda, este pensamiento de la rodilla me hizo andar con precaución, pero la hora tan tardía con la que salía, por el contrario, hizo que viendo los tiempos aproximados de paso en los puntos del mapa que me obsequiaron, quisiese probar por ver si era capaz de hacer la etapa en menos de ocho horas de las que estaban previstas. La hospitalera me advirtió igualmente que si no era capaz de llegar a un primer punto a una cierta hora, que procurase quedarme en un refugio cercano; esto me motivó aún más para marchar con

mayores ansias. Subí las cuestas a un ritmo que creo que no sube la mayoría durante la jornada del Cebreiro, y era cuestión de llegar a ese punto crítico que me marcaron para ver el tiempo que invirtiera en él, resultando ser bastante bueno mi paso. Alcancé un par de señores españoles que salieron casi igual de tarde que yo. Uno de éstos, llevaba un GPS que le daba toda la información que pueda o no interesarte cuando caminas. Las nubes perjudicaron que mis ojos deslumbraran imágenes nítidas y durante más tiempo de aquellos paisajes tan hermosos cuando ya pasé el primer collado. Un hito para Santiago me recordó que aún faltaban 765 kilómetros, ¡pero no pretendía llegar a Santiago por entonces! pensaba que era una barbaridad hacer tanto, tan seguido!. Detrás de un nevero, un camino abierto de hojas, nieve y mucho barro que hizo que en un momento que quise saltar para no encharcarme de barro se me quedase una zapatilla como una ventosa hundida y se me llenó de agua asquerosa; esto me hizo molestarme a volver a por mi calzado descalzo y ponerme la otra zapatilla en unas condiciones nefastas. ¡Es difícil recordar cómo se quedaron las zapatillas y lo limpias que las llevaba!. La verdad, es que el camino parece peligroso por allí arriba, y menos mal que hay señales porque ¡menudo rodeo que hacía el camino por el neverito!. Y arriba, el puerto de Benuarte, y cuando ya me las traía todas conmigo, sólo quedaba una bajadita hasta Roncesvalles, y a las primeras de cambio el barro me hace resbalar y caer de culo; entonces tuve ya el juego casi completo de barro con los pantalones, el brazo del forro, la manga de la camisa y, como no, mis zapatillas. En la carretera había un mensaje para que el que quisiese fuese por el bosque: “*Camino sólo para expertos. Pendiente 15%*”, era lo bastante contundente para comprenderlo después del resbalón; tiré para el otro lado que ponía 6% si seguías siempre la carretera, pero el camino recorta. Pues una bajada y llegué al puerto de Ibañeta y con el cielo a expensas de ponerse a llover. Roncesvalles me lo imaginé más grande pero sólo había poco más que la iglesia y algunos restaurantes. Se sella fuera del albergue pero no me atrevía a sentarme en las condiciones con las que llegaba tras el paseo por el bosque primaveral pirenaico del Camino de Santiago por el que había llegado. Me colocaron en una habitación donde sólo estaba yo (los demás peregrinos estaban en las otras dos, que las tenían llenas) y aproveché para ponerme al lado del radiador para poner mis zapatillas y todo aquello que supuse necesario para el día siguiente, y que lavé en la ducha gracias al maravilloso jabón que me di el placer de gastar de algún personaje que se lo dejase en la ducha. ¡Armé una buena con la colada en la ducha, pero me salí con la mía!. Más tarde llegó el autobús que venía de Pamplona y se acomodaron dos hermanos de Bilbao (un hombre y una mujer) y también una pareja de israelitas. Encontré la compañía que estaba buscando desde que llegué. Llovió algo. Fui a la misa donde al final nos llamaron a todos los peregrinos para que nos dieran la bendición junto al altar. Por cierto, creía que los dos españoles que me había encontrado en el camino no habían llegado y resultaba que se habían alojado en un hostel como al parecer hace mucha gente. Y de regreso al albergue, cené y descansé con mis compañeros de habitación.

DIA 2: RONCESVALLES - LARROASAÑA**KM: 28****FECHA: Sábado, 29 de Marzo de 2003****RECUERDO QUE...**

Hoy por fin saldría en condiciones, y a una hora peregrina. Fue el primer contacto que tendría con mis compañeros de peregrinaje; al menos con una buena parte de ellos. Salí sólo, pero acompañado por la presencia de los demás. Me até al ritmo de un vitoriano, un italiano y una americana. Enseguida paramos a tomar algo; y ahí estaba el queso del Roncal con nueces de Txebis que tenía que gastar, pues incluso el saco de nueces abultaban casi más que la mochila. Sin saber por dónde apareció un mejicano y se puso en marcha el primero, llevándose consigo la americana; ya ni les vimos. El vitoriano y yo dejamos al italiano. No obstante, lo esperamos en el puerto de Erro. ¡Y cómo se las traía el italiano! Ni siquiera se paró y dijo algo como “*Si paro, ya no ando*”, “*Parar ahora me daría risa*” ó no lo dijo porque casi no podía hablar del sufrimiento que llevaba. Era gracioso porque había una brasileña que iba casi al mismo paso que el italiano e iban andando como si pisasen cristales; era como ver una carrera de caracoles y correr al lado de ella apostando por el ganador. En Zubiri paramos a comer en un restaurante y Txbeis ayudó más tarde a Marco a curarse sus ampollas. Marco decía cosas muy graciosas a la vez que se miraba los pies “*Gran Ampol-la*”, “*¿Voy a morir?*”; pero a la vez mostraba un preocupante interés por conocer cómo curarlas para ponerse de nuevo en marcha. La guía del italiano tenía frases traducidas al español para desenvolverse en esta aventura; me resultó gracioso ver algunas como “*¿Por favor, puede ayudarme a curar esta ampolla?*”. Los tres queríamos seguir hasta Larroasaña. Yo, por lo pronto, esperé a que abriesen las tiendas para comprar provisiones, no sin antes ver la llegada triunfal con unas supermochilas cargadísimas de los israelitas. Marché sólo los cinco ó seis kilómetros a Larroasaña. Allí me esperaban los de Bilbao y otros; también Santiago, el hospitalero, curioso personaje donde los halla y apasionado del Camino; le llegaban cartas de todo el mundo de gente que pasó por su albergue. Por la noche llegaron los franceses y más tarde Txebis con una cara de caminante nocturno tras su caminata por la carretera a unas horas en las que no se veía el sol. El mejicano, la americana y el inglés hicieron buenas migas y llegaron a última hora para volver a sus camas. Marco no llegó, las ampollas pudieron con él ese día; podría decirse que el resultado quedó en Marco 0 – Ampollas 1 .

DIA 3: LARROASAÑA - CIZUR MENOR**KM: 19****FECHA: Domingo, 30 de Marzo de 2003****RECUERDO QUE...**

Txebis y yo nos quedamos los últimos junto con la portuguesa. Él se quedaría en Pamplona, además, necesitaba unos *masajitos* como decía él; la verdad es que no acababa de ir muy bien, tenía problemas en las piernas y creo que es culpa de la primera etapa de St Jean que, junto con la de Roncesvalles, resultan ser muy duras para ser las primeras y sin un adecuado rodaje ó entrenamiento. El vitoriano casi me da las gracias cuando opté por no esperarle y continuar en solitario. Y tacatá, tacatá, llegué a Villaba ¡el pueblo de Induráin! y bien que se nota la presencia de bicicletas gracias al hijo pródigo de esta ciudad que colinda con Pamplona y se ha convertido poco a poco como en un barrio pamplonica. Y Pamplona, propiamente Pamplona, se entra por el Puente de la Magdalena. Me perdí por un momento y en cuanto dejé de ver alguna flecha pregunté al primero que pude. Compré en una tienda y ciegame me explicaron un camino harto complicado para encontrar un Caja Madrid; enseguida me perdí, y en cuanto alcé la vista para preguntar al primer transeúnte ocurrió algo muy, pero que muy curioso, y es que justo alcé la vista y pregunté al mismo que había preguntado antes; esta extraña situación tuvo cierta gracia, que Pamplona es grande vamos; este personaje tomó la decisión de acompañarme y se ofreció de guía para mostrarme y explicarme cuando pasamos por la plaza del ayuntamiento, etc a la vez que aprovechaba para conocer las motivaciones y expectativas de un peregrino que pasaba por su ciudad. Cizur Menor es ya un pueblo a la salida de Pamplona. Allí estaba una señora muy amable y con ciertos aires de felicidad; entusiasmaba, porque le agradaba tenernos a todos contentos. También estaba la americana, el inglés y el mejicano; y otra gente nueva ó que no había llegado a conocer aunque no era probable, pues la mayoría salíamos de Larroasaña y en Zubiri sólo se quedaron los brasileños, los israelitas y Marco, el cual me contaría más tarde que en cuanto se descuidaron un poco y dejaron un rato a los israelitas dentro del albergue oían sollozos de gozo. Sorprendentemente, y con una cara de sufrimiento agrabada por algún elemento perjudicador, vi a Marco allí sentado con su credencial justo después de la ducha que me había dado; vino directo por carretera y en zapatillas escarmentado por las botas que había utilizado en los dos días anteriores. Enseguida comprendimos porqué hacían buenas migas el inglés (Trevor), el mejicano (Enrique) y la americana (Lisa); a parte del inglés que hablaban con una fluidez natural, su tema de conversación se cernía a cómo arreglar el mundo, porqué haces estas cosas u otras... Yo me lo pasé genial preparando pasta con Marco y ultimando el sabor dentro de la cocina con un chapurreo entre español e italiano; mientras tanto, salíamos a fuera y nos adentrábamos en la conversación tan profunda en inglés que se estaba desarrollando en ese chalet bajo las estrellas y la luna de un cielo navarro que descansaba en su sueño profundo para acompañarnos al día siguiente.

DIA 4: CIZUR MENOR - PUENTE LA REINA**KM: 19****FECHA: Lunes, 31 de Marzo de 2003****RECUERDO QUE...**

Hoy también me quedo de los últimos, ya es una costumbre y acabo mirando si ya se ha ido suficiente gente ó si se acerca la hora de salida impuesta en el albergue. Hoy tengo un regalito, pues una francesa sin pantalón, ni pijama, que ha venido en bicicleta no encontraba su colotte entre las alforjas. Marco me espera para salir juntos; tiene que comprar Compeed en la farmacia. A la salida del albergue dos alemanas muy simpáticas, una morena con un piercing en la nariz y la otra rubia y muy, muy gruesa, me preguntan dónde está el Camino, junto a una señal de stop con una flecha amarilla tan grande como la señal; realmente empezaban en Cizur. Las alemanas eran un puntazo: la gordita era tan enorme que el mochilón parecía enano comparado con su enorme espalda y tenía una risa muy peculiar; la morena se reía tanto ó más. Hoy he conocido a Marco en más profundidad y me he enterado las causas de su sufrimiento y la posible razón de que no quiera abandonar: es periodista y cuando acabe el Camino redactará un artículo. “Marco, si no acabas... ¿perderás tu trabajo?” pregunté. “*Simplemente, no podría escribir el artículo y sería una pena*” respondía. Cazamos a las alemanas y las dimos un hasta luego lucas. En el Alto del Perdón nos encontramos con una señora también alemana que desbordaba felicidad hacia Marco y a mí ofreciéndonos pasas de diferentes clases y tratando de explicarse con su alemán que yo a penas podía contestar. No olvidaré el cruce a Eunate desde donde viene la variante aragonesa por lo mucho que oiré hablar de él durante el Camino. Marco y yo sacábamos algunos temas de conversación inspirados en las vicisitudes entre el italiano y el español; así por algunos momentos llegamos a cantar *La Flaca de Jarabe de Palo* con letras en español e italiano al mismo son: *dipendi, tutto dipendi...* Por supuesto, que mi nulo italiano fue tomando paso al conocimiento de algunas palabras que oía en bocas de Marco mientras chapurreábamos español e italiano; a veces, sin embargo, el silencio se apoderaba en nuestra caminata. Puente la Reina: “*Y desde aquí todos los Caminos a Santiago se hacen uno solo*”. Allí estaba de nuevo Lisa; habían madrugado más y llegaban más temprano. La cocina del albergue resultó ser de lo más vario pinto: llena de eslovenos y yo allí metido con intenciones de meter un cacharro en algún fuego; lo más increíble es que como ellos me hablaban en esloveno, yo hacía lo propio y lo hacía en castellano; total, que no creo que les entendiese pero con el lenguaje de los gestos yo creo que congeniaron conmigo. Lo curioso es que me sentía extranjero en mi propio país, ¡parecía ser el único español!... y en esto, salió una chica española que aún no había visto. Marco decidió hacer un paquete para mandar, al fin, a Cremona la mayor parte del equipaje que traía en ese *armario* que traía por mochila; encontró unas cajas que en un principio sólo vi con un par de guantes de lana y un par de camisetas interiores; enseguida intervine y le vacié casi por la mitad ese pedazo de mochila entre lamentaciones por parte del italiano ante la posible utilidad que le daría llevar tres jerseys de punto gordo frente a unos guantes. Txebis llegó casi a las once de la noche, en plena oscuridad; salió de Pamplona por la tarde, y ya le daba por perdido; su principal preocupación entonces fue buscar un buen bocadillo sin que antes cerrasen el albergue. Trevor estaba ultimando las últimas notas de su diario en aquellas mesas de madera, mientras que Enrique había despampanado su mochila. El portugués que venía

en bicicleta y se dirigía a París mantendría en vilo a su país, pues se escondía debajo de las sábanas para atender las repetidas llamadas que le hacían desde su teléfono móvil.

DIA 5: PUENTE LA REINA - ESTELLA**KM: 20****FECHA: Martes, 1 de Abril de 2003****RECUERDO QUE...**

El italiano está más feliz que unas pascuas: da botes de alegría, muestra la señal de victoria en algunas ocasiones mientras anda... el paquete de seis kilos que hemos mandado esta mañana en Correos los tres (Txebis, Marco y yo) tiene la culpa. Txebis se conoce casi todas las localidades navarras por las que pasamos; y ciertamente, cada una de ellas tiene un cierto encanto. La localidad de Cirauqui, su entrada, a lomas de un esplendoroso prado tiene la culpa de que me resultase espectacular y dar gracias por tener el privilegio de ser un caminante entre estas tierras. Más tarde, el puente romano, desde el cual esperamos a Txebis para que volviese a por su palo, y que no pudo recuperar tras el buen desayuno que nos dimos los tres compartiendo lo uno y lo otro. La alemana morena la vimos al otro lado del puente romano; estaba echada mientras esperaba a que su compañera, a un paso de tortuga exagerado, cogiese ventaja; sin duda, parecía que estas dos no podían seguir siempre juntas. Como nosotros también íbamos a un paso de tortuga, la etapa no era larga, y el calor sofocaba, nos fuimos encontrando a estas dos alemanas casi siempre: la gordita se reía sola cuando la pasábamos, y la morena (Sabrina) lo hacía menos exageradamente cuando la veíamos esperar. Finalmente, Sabrina se unía a nosotros cuando la dábamos alcance ó venía ella mientras tomábamos un helado que a Marco le supo a gloria, pues estuvo mentando a la dueña de la tienda mientras le duraba el dulce. Cuando entramos en Estella, me estremecí al ver la belleza de uno de sus símbolos: una iglesia con un enorme pórtico y grabados que Marco no pudo resistirse a intentar encuadrar en su cámara digital, hasta que tras numerosos intentos de hacer alguna foto, borrarla y volverla a tomar se dio por satisfecho; yo me conformé igualmente con la única que tiré. Los hospitaleros de este albergue no eran mis preferidos: eran muy quisquillosos, discutían bastante y sobre todo entre ellos ante alguna tontería que hubiese pasado, montando un pollo frente a un asunto que no es necesario dedicarle más importancia; también te llamaban la atención, como diciéndote “no nos causes problemas y que sepáis que a las ocho de la mañana encendemos las luces para que salgáis de aquí, no nos ensucies nada y deja aquí tus zapatillas, si quieres nos ayudas a hacer negocio con el desayuno y te cobramos tres euros por él...”. Txebis y yo salimos a comprarnos unas sandalias; yo, además compré un gorrito parecido al que me dejó él porque dejé mi gorra en Puente la Reina. Además, a Txbeis le vino a visitar un amigo que estaba por allí cerca y le trajo de todo: espárragos y puntas, un pedazo de salchichón y el turrón de chocolate de almendras que le gustaba. Yo comí solo en el comedor, donde entablé conversación con diversas gentes: la chica que conocí en Puente la Reina resultaba ser de Mallorca y estaba haciendo el camino porque esperaba la llamada de una selección de azafatas en la que se había presentado; los dos catalanes que venían en bicicleta, que hablaban en catalán como suelen hacer la mayoría y que conmigo se dirigían en español, igualmente les dolía la situación futbolística del Madrid frente a la de Barcelona; el alemán que hablaba muy bien español y se había unido a los catalanes, tomaba como postre un tabaco algo especial mientras se dirigía con numerosas palabrotas como “Este puto camino es la ostia, joder... no veo ni una puta señal...”; también me contó que el día anterior había estado perdido ya desde la subida al alto del Perdón cuando preguntaba cuánto le

quedaba para regresar al Camino, y que no daba nunca con él, le respondían siempre que cinco kilómetros. Cuando regresé a la cama me extrañó ver a Marco en la cama y le pregunté directamente “¿Qué coño haces aquí?”, por lo que no me entendió y estuvo repitiendo esta frase hasta que salió Txebis y me explicó que mañana se iba a Vitoria, que le habían avisado de un trabajo que tenía pendiente por hacer, y que Marco y yo ahora teníamos que comernos solos todo lo que le habían traído a él. Fue una noticia triste porque, esta vez sí que era definitivo, no lo volveríamos a ver.

DIA 6: ESTELLA - TORRES DEL RÍO**KM: 26****FECHA: Miércoles, 2 de Abril de 2003****RECUERDO QUE...**

Marco y yo partimos con tristeza. “Ayer éramos tres y hoy dos. ¿Qué será mañana?”, decía el italiano. Por suerte, teníamos algo que nos ayudaría a levantar los ánimos: teníamos la Fuente del Vino en Iratxe. Días anteriores había oído hablar de ella y quería contrastar los comentarios que había oído: se encuentra en una fábrica, dentro de una verja y vigilada con una cámara de seguridad, hay dos grifos (uno de agua y otro de vino), sólo está permitido beber de ella y no llevarse nada y hay un cartel que recomienda beber pero no abusar. Nos encontramos con los catalanes y el alemán que venían en bicicleta; se sorprendían, pues llevábamos ya unos diez kilómetros saliendo poco antes que ellos y les volvimos a alcanzar cuando pararon. El alemán no ve ninguna señal, se pasa todas con la bicicleta, y de hecho, yendo a nuestro mismo paso se las pasa y le avisamos hasta que en una bajada se embolsó y se comió todas las flechas hacia la derecha que había, viendo en la autovía algo parecido a una bici, y que estaba mucho más abajo. Mucha gente se quedaría en Los Arcos, pero nosotros dimos un empujón a la etapa y nos volvimos a poner en marcha dando un buen empujón tras almorzar un buen bocadillo frente al albergue. Camino a Torres del Río, caminábamos engañados ante la circunstancia de que nunca alcanzábamos una localidad que veíamos a corto alcance. Nos encontramos con una pareja de noruegos que volvían haciendo el camino en sentido contrario al que normalmente todo el mundo hace. Sucumbimos de desesperación y nos echamos al fresco verdor de los campos que pasamos haciendo un buen tumbing hasta que llegó Trevor apoyado por sus bastones con la aparente circunstancia de que, al venir en solitario y sin Enrique ni Lisa pero más tarde de lo que lo hacían normalmente, estaba andando a un fuerte ritmo; así lo parecía, y si en un principio creía que andar por este recorrido le sabría a poco, pude comprobar que su ilusión era enorme tras llegar a un lugar con magia y duende y que daba gracias a aquellos que le ayudaron en la parte final a afrontar el último trozo, como así describía con unas frases escritas en inglés y con tal sutileza que no llegaba a explicar cómo diantres podía escribir y describir tan mágicamente todo aquello. Torres del Río tiene un albergue privado y está llevado por una italiana (Carmen) que entusiasmaba a Marco, pues tenía escrito en su guía esta circunstancia y de ahí que me costase poco convencerle, que además llevaba el restaurante; un negocio, pues; sin embargo, sobran argumentos para describir el ambiente tan estupendo en el que nos envolvimos nada más entrar allí. Más tarde llegaron los franceses, el alemán roncador, Enrique, Lisa y un par de alemanes. Este par de alemanes que no comprendían ni papa de español y su comunicación se cernía a una mirada y unas sonrisitas, que les valdría en el futuro para ser conocidos como los alemanes sonrientes. Marco espertaba las risas cuando, tras pedir a la hospitalera que alzase el volumen de la música, se revolvía de encanto y danzaba al ritmo al que Verdi siempre había soñado que hiciese cualquier fan suyo. La hospitalera, posiblemente por algún comentario sobre la nieve ó el frío, nos contó que un brasileño murió en invierno en la etapa de St Jean, y que su mujer vino y se alojó en este albergue mientras intentaban encontrar el cuerpo y entender el caso. El grupo de música gallego Luarna Lubre que sonaba en el restaurante de la italiana, y por el cual despertaron interés Enrique y Trevor, nos acompañó en un ambiente propio. La

hospitalera nos enseñó el símbolo de este pueblo: su iglesia en octogonal de las que sólo hay dos en España y están en el Camino, mientras Enrique traducía en un perfecto inglés lo que decía; los ocho lados representaban algo más que el siete de los días de la semana, colores del arco iris, etc. La magia que vivimos en aquel sitio será difícil que se repita y se olvide.

DIA 7: TORRES DEL RÍO - LOGROÑO

KM: 20

FECHA: Jueves, 3 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Aquel día salimos juntos Lisa, Trevor, Enrique, Marco y yo. Lisa es la que más preocupaciones da porque lleva un tiempo con problemas en las rodillas y me dijo que se estaba replanteando tomarse un día de descanso en Logroño. Navarra nos regaló en su adiós un loco cielo de débiles lluvias y sol; facilitaron la salida de amplios arco iris que alegraron nuestras vistas sobre estos campos que daban paso a las primeras vides. En Viana, y tras la parada en una iglesia, perdimos a Trevor y Enrique que decidieron proseguir la marcha. Lisa, con problemas, camina en solitario. Marco estuvo acertado cuando, tras parar a llenar nuestras mochilas de alimentos, me dijo “¿Para que he comprado yo todo esto y tengo que cargar con ello si no nos lo comemos?”. Por lo tanto, antes de mangiar, decidimos hacer el numerito del plátano cuando Lisa nos vio tumbados y nos dijo “lazys”, pues el italiano se enseñó: “*We must to show her what a man is*”. Salimos corriendo con un plátano en la mano, y Lisa se pegó un sustito al oírnos llegar por detrás, por lo que cambió la palabra *lazys* por *crazys*. A la entrada de Logroño una señora nos selló con un sello que ponía “Felisa. Hijos, higo y amor”; ella nos dio la bienvenida a esta pequeña gran ciudad de La Rioja. El albergue aún no había abierto, y ahí estaban en la cola esperando Enrique, Trevor y Lisa que llegaron antes. El hospitalero, un francés, no cuida apropiadamente su entonado vocabulario; pero la chiquilla que le acompaña es harto amable, e incluso intentó coger la mochila de Trevor para subírsela de lo cual tuvo que desistir por el tremendo peso que suponía. Un albergue con lujos: buen patio, internet, lavadora, secadora, amplia cocina... algunos estamos ansiosos de volver a contactar con nuestro correo electrónico para conocer las variaciones que ha sufrido. Un paseo por esta pequeña ciudad y una visita a la catedral es lo poco que me esperaba por recorrer; sin embargo, descubrí un museo, cuya entrada era gratuita y que me animó a descubrirlo. Dentro encontré a un individuo que había visto en el albergue y tenía responsabilidades sobre él para contactar con nuevos hospitaleros y supervisarles; al reconocerme, me enseñó y explicó el significado de la mayoría de las figuras, las tablas de San Millán y algunas otras cosas que encontramos con una facilidad y extensión asombrable. Cuando regresé al albergue me encontré con Marco; había entablado amistad allí con un brasileño, una australiana y una americana (Angela). Preparamos una cena entre todos. Más tarde se acercó una chica catalana que venía sola en bicicleta; me contaba que estaba bastante desanimada y que deseaba volverse y regresar con una mochila, pues no le resultaba fácil cargar con su máquina y no encontraba esa satisfacción de sentirse libre y autoconfiante consigo misma. Por cierto, que también me contó, al ver a un francés prepararse algo en la cocina, que sólo había sido capaz de hacerse cuarenta y seis kilómetros, y que el francés que venía a pie había salido de Estella al igual que ella. Por la noche se formó algo de escándalo cirniéndose al juego de cartas que llevaba la *contenta* Lisa, Enrique y Trevor, se añadieron el brasileño y Angela; también se abrió el famoso libro de Lonely Planet que traía consigo Trevor y el cual era graciosísimo, pues traducía del inglés cosas como “*Me gustaría verlo, pero no participo*”, “*por favor, ¿puede decirme dónde puedo encontrar una librería gay por aquí cerca*”, “*¿qué opina usted del franquismo*”... en fin.

DIA 8: LOGROÑO - NÁJERA

KM: 28

FECHA: Viernes, 4 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Marco y yo salimos de aquella pequeña ciudad por extensos núcleos industriales. El Camino de Santiago pasa por un extenso parque. Marco tiene problema con sus ampollas y, aunque le preguntaba “*bene?*”, él me respondía que estaba bien pero que necesitaba andar más. No tuve más remedio que dar ventaja a Marco y lo volví a alcanzar en Navarrete, donde sacó su botiquín de Compeed para tentar sus pies, los cuales martirizaban aún más a Marco a medida que hacía más y más kilómetros durante este, para él, sufrido Camino. Acordamos que yo seguiría sólo y que pararía a la una de la tarde para esperarle. A la salida del pueblo se me acercó un lugareño, el cual me explicó que el albergue de Navarrete era el mejor en todo el Camino de Santiago y que no entendía por qué lo tenían cerrado y que él nació en él cuando antes era su casa; le expliqué que necesitaban hospitalero y me respondió “*Pues que pongan algún cartel. Yo, si es necesario, podría hacerlo*”. Llegué a Ventosa a la una de la tarde y paré como prometí a Marco, pero se armó el lío porque entré dentro del pueblo donde no le veía llegar y cuando regresé me quedé esperándole extrañadísimo hasta las dos y media. Vi venir al francés que se hizo ayer los cuarenta y seis kilómetros y que había salido más tarde; sólo había visto al brasileño, la australiana y la americana. Compré pan en una casa, acompañado por una vecina del pueblo. Proseguí por camino de hitos de piedras algo curiosas. La entrada a Nájera era algo nefasta, pues transcurría por núcleos industriales; mi ser se alivió de tanta industria en el *rincón de los poetas* donde contemplé unos versos escritos en una pared en castellano y traducidos al alemán que decían:

*“Polvo, barro, sol y lluvia
es Camino de Santiago.
Millares de peregrinos
y más de un millar de años.*

*Peregrino, ¿Quién te llama?
¿qué fuerza oculta te atrae?
Ni el Camino de las Estrellas
ni las grandes catedrales.
No es la bravura navarra
ni el vino de los riojanos
ni los campos castellanos*

*Peregrino, ¿Quién te llama?
¿qué fuerza oculta te atrae?
Ni las gentes del Camino
ni las costumbre rurales.
No es la historia y la cultura
ni el gallo de la Calzada
ni el palacio de Gaudí*

ni el castillo Ponferrada.

*Todo lo ves pasar
y es un gozo verlo todo
mas la voz que a mí me llama
lo siento mucho más hondo.
La fuerza que a mí me empuja
la fuerza que a mí me atrae
no sé explicarla ni yo
¡sólo el de arriba lo sabe!*

Cuando estaba sellando en el albergue vi bajar a Marco de esas literas que se encontraban en ese alto. Me acomodé junto a los *alemanes sonrientes* que no sabía de dónde habían salido, pues no había antes más albergues que suponía habían estado antes. Marco no pasó por Ventosa y me explicó que, según su guía, no había que pasar por allí; lógico de que no me lo encontrase; además, los del albergue me explicaron que suelen cambiar las señales los de Ventosa para que los peregrinos pasen por el albergue nuevo que han hecho allí y que no coge de paso. No obstante, también me explicó Marco que había pasado por algunos sitios que a los hospitaleros les sorprendía, pues no había que pasar por esos otros puntos. Marco me propuso hacer tres etapas en dos, o lo que es lo mismo, llegar a San Juan de Ortega en dos días, para llegar al día siguiente a Burgos; realmente, la moral de este italiano lleno de ampollas y con ganas ahora de alcanzar Finisterre no tiene precio; hoy se quejaba de que veintiocho kilómetros eran demasiado, y se interesa por conocer qué supondría hacer en dos días casi cuarenta kilómetros. Había un tablero de ajedrez, con el cual tuve algunos ratos de distracción junto a uno de los hospitaleros. Más tarde llegaron el brasileño, la australiana y la americana; y nuevamente preparamos la cena juntos. Esta vez fue la primera en la que no coincidimos con Lisa, Trevor y Enrique; no supimos dónde se habían metido. Llegó el *francés de los cuarenta y seis kilómetros* y muy, muy tarde también llegó Sabrina sin su otra compañera, que por lo visto quería ir a Navarrete y tuvo que seguir porque el albergue estaba cerrado viniendo de Viana. A Marco le curaron las ampollas; empezaron por despojarle de la gran cantidad de parches de Compeed que se había pegado, para más tarde desinfectarle el pie y avisarle que tenía alguna ampolla con una ligera infección. El grupo de chavales de un colegio que llenaron la planta de arriba, y en especial las chicas del grupo, se atemorizaban al avisarles de que lo mejor es que les pinchasen las ampollas. Por la noche, el hospitalero me avisó que, conociendo yo a la gente que venía, si veía a alguien que faltase antes de echar la llave; yo le avisé que faltaba el francés y me dejó la llave para que, confiando en mí, le abriese únicamente a él o a otro peregrino que conociese por el camino; mientras, Marco y yo nos encerramos en la cocina y echamos una partidita de ajedrez hasta que aporreó la puerta el francés botando y helándose de frío, en un principio bromeé con él porque le decía que no podía abrir y de que no tenía llaves y de que no debía; al final el francés entró y me dio las gracias después del vacile de no abrirle.

DIA 9: NÁJERA - GRAÑÓN

KM: 32

FECHA: Sábado, 5 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Marco y yo nos dimos cuenta de que no éramos dos, sino tres: él, yo y sus ampollas. La Sierra de la Demanda, nevada en esta época del año, enorgulleció nuestras vistas paseando por esos campos verdes y en ocasiones de arado. En Zafra nos topamos con un lugareño extranjero que conocía el Camino y nos dijo que fuésemos al albergue de Grañón (“*teneis comida gratis*”, “*la señora lo lleva muy bien*”...), además de que el albergue de Villafranca era malo y que en el de San Juan de Ortega no limpiaban desde *el año mil ochocientos*. Nosotros acordamos llegar en un principio hasta Redecilla para seguir con el planning de hacer tres días de la guía de Marco en dos. Marco está realmente mal, y se nota a medida que va avanzando en el transcurso del día porque de empezar medianamente bien e incluso llevarme a ratos a tropezones, luego se derrumba totalmente como pasó antes de llegar a Santo Domingo de la Calzada. Decidí avanzar e ir esperándole en partes del camino; me alcanzó el *francés de los cuarenta y seis kilómetros* que iba con prisas para recoger un paquete con un algún diccionario y cosas que necesitaba de Francia. Justo a la entrada de Santo Domingo de la Calzada esperé a Marco; esta vez tardó casi media hora en venir, preocupándome por su tardanza pues eran pocos kilómetros desde la última vez que le dejé. Marco va arrastrándose literalmente, y no es para más, sin piedad le volví a dejar en el callejeo de la ciudad donde paré a hacer algunas compras para almorzar; una vez reanudada la marcha, pensé que había perdido al italiano hasta que cerca del *gallo de la Calzada*, en la puerta del albergue que no había visto me gritaron unas gentes extrañas a mí; me gritaron porque dentro estaba Marco tumbado y con una cara de sufrimiento y dolor que hace pensar a uno si realmente merece la pena seguir en semejantes circunstancias, ¿quizás no sería mejor dejarlo ó descansar unos días para que la gran paliza que estaba sometándose a sus pies tuviesen un descanso? No, Marco es un tozudo y si fuese un burro simplemente le pediría a su dueño que le cambiase un par de herraduras. Verle comer en el patio del albergue los alimentos que acababa de comprar es realmente un espectáculo: esa lentitud para cortar el pan, coger una loncha de jamón con un agotamiento extremo, y todo esto mientras observa inquieto el lamentable estado de sus pies. En ese patio a la vista de la catedral había dos alemanes y uno de ellos escribía y hacía unos dibujos, con unas pinturas muy propias, tan originales que le pedí que me los enseñara mientras y me explicaba qué significaban; por ejemplo, en uno de los dibujos que representaba el paso por Pamplona se destacaban esas calles y esos balcones de la ciudad ó esas montañas de la Sierra de la Demanda de hoy que acompañaban a unos campos muy verdes. Marco quería seguir, y si en un principio pensábamos llegar hasta Redecilla, el comentario del lugareño de Zafra acerca de Grañón nos hizo tentar a quedarnos allí. Partí sólo y llegué a un pueblo situado a las afueras de Santo Domingo y ligeramente en alto; allí, unas señoras que me vieron me mostraron el albergue y lo que realmente me encontré fue con una iglesia donde a pies de la misma había una fuente con una bicicleta atada y un par de aparentes peregrinos que no había visto antes. Cuando me disponía a subir por unas escaleras propias de una subida al torreón de una catedral se acercó una chica sueca que era la hospitalera; me enseñó ese curioso albergue fuera de serie que tenían y unas colchonetas para que acomodase mis cosas en algún lugar. Enseguida me di cuenta

de que no estaba en un sitio normal: para empezar, la credencial ni la querían sellar ni ver, no tenían horario de entrada ni de salida y podías permanecer todo el tiempo que quisieses en él sin tener que salir ni nada, era gratis y una curiosa caja que ponía *da lo que puedes y coge lo que necesites*, siempre con siete euros, eran los únicos ingresos procedente de los peregrinos, estaba todo muy limpio y, lo mejor de todo, querían hacerte sentir que ésta era tu casa y si necesitas algo no tienes más que pedirlo, a parte de que te preguntaban constantemente si necesitabas algo (incluso antes de irme se querían asegurar de ello). Ya avisé a la hospitalera de que llegaría un italiano muy jodido, a lo que me respondió “*mejor, así le cuidaremos*”. La verdad que hoy me había salido un pequeño grano en el talón, y estaba ayudando a que se me formase alguna ampolla, por lo que en cuanto llegó Marco y le prepararon un barreño con agua, sal y vinagre, yo hice lo propio por si a caso yo empezaba a tener problemas también. La hospitalera se queda atónita cuando ve los pies de Marco y le dice “*¿pero tú como haces esto?*”, realmente ver una ampolla grande al lado de otra le extrañaba bastante y cuando le preguntó por si utilizaba unos buenos calcetines seguía sin entenderlo, aunque lo que sí le resultó normal es que le dijese que unos días utilizaba botas y otros zapatillas, pues le salían el doble de ampollas (unas debidas a las botas y otras a las zapatillas). El de la bicicleta era Gregory, un catalán muy abierto y desenvuelto, los otros dos eran dos chicos canadienses que estaban haciendo el Camino al revés y era curioso ver cómo se las apañaron desde el primer día en Santiago cuando les dijeron en la Oficina del Peregrino que no era posible hacer lo que pretendían, hablaban muy bien español. Gregory viene haciendo el Camino Aragonés y tenía incluso fotos ya reveladas con algunas que reconocí de inmediato a las que correspondían a la Foz de Lumbier, e hizo que las comentásemos juntos. El estado de los pies de Marco es tan lamentable, que incluso Gregory, que viene en bicicleta, se atreve a comentarle al italiano un puñado de consejos. Hicimos una cena entre todos, hoy la hospitalera no hizo la cena como sería lo propio; habían comprado de todo para hacer desde una ensalada de lo más variopinta hasta otros alimentos que nos ayudaron a salir de la rudimentaria comida diaria de pasta. Gregory esperaba a una pareja de australianos que salían de Ventosa (vaya paliza) pues había entablado amistad con ellos y hoy hacía menos kilómetros con la bici de lo normal, pero como tenía previsto, y éstos llegaron a la hora de la cena: una chica que hablaba muy bien español y un hombre que no entendía ni jota pero que llevaba a su mejor traductora. También se unió a nosotros un hospitalero fijo cuyo nombre era Álvaro y que estaba por allí casi siempre como el cura José Ignacio. Álvaro venía de Belorado, y nos dijo que había un chico de Tudela, una canadiense y otros más. La hospitalera sueca no estaba allí fija, pues no consienten que los hospitaleros estén más de quince días. Más tarde, y avanzada la cena, se unió un chico de Puerto Rico que hizo el Camino hace tiempo, concretamente en el último Xacobeo, y había estado precisamente de hospitalero en el albergue de Grañón, donde precisamente se ha generado una red promovida por hospitaleros voluntarios y cuya niña bonita es Grañón. No me puedo quejar de nada, todo lo contrario, es un sitio diferente. Pasamos todos al círculo de la iglesia por una puerta que daba a ella; desde allí se dislumbraba desde lo alto, y justo de frente, el altar. Nos sentamos todos y rogamos por todos los peregrinos que estaban aún por el Camino leyendo unas oraciones (Marco lo hizo en italiano, los australianos en inglés y los canadienses en francés), y en especial a los que pasaron por Grañón; nos apuntaron el nombre y la fecha que teníamos prevista para Santiago (en el caso de los canadienses pusieron que su destino eran las montañas) para que dijese igualmente nuestros nombres en futuras noches y rogasen por nosotros, con la única condición de que nosotros intentásemos acordarnos de ellos también por las noches. Por la noche estuvimos cerca del fuego tomando vino y rulando la bota de Gregory, y

siempre había vino, algunos no aguantaban y es que se hizo muy tarde (yo por entonces aún contestaba con miedo que me haría cuarenta y un kilómetros hasta San Juan de Ortega); nos quedamos al final los tres únicos españoles: Álvaro, Gregory y yo. Álvaro siempre hablaba sobre lo especial que le resultaba el Camino, y relataba los destinos que nos tenía preparados a cada uno de nosotros cuando volvíamos a reencontrarnos con aquellos a los que dijimos adiós en días atrás; esto lo hacía incidiendo en el hecho de que Gregory venía en bicicleta. También salió el tema de aquellas muertes que hace poco se cernían sobre el Camino: el brasileño que murió en la etapa de St Jean, y sobre todo de la historia del japonés que vimos días atrás en una tumba entre Roncesvalles y Zubiri: parece ser que el caso aún es un misterio y lo lleva un compañero de Belorado, pero según contaba Álvaro, apareció sin cabeza, llegó a Zubiri, y el cuerpo estaba camino atrás con mucha distancia entre el cuerpo y la mochila. Como fin a la etapa de este día, y aunque Marco llegó muy maltrecho, debo reconocer que las ampollas no pudieron con él, por eso debo recordar el marcador y darle un tanto a su favor: Marco 1 – Ampollas 1 .

DIA 10: GRAÑÓN - SAN JUAN DE ORTEGA**KM: 41****FECHA: Domingo, 6 de Abril de 2003****RECUERDO QUE...**

Se nota la resaca de anoche. Además, hoy ni siquiera hay prisas para levantarse temprano, pues es un sitio acogedor y ya acordamos que el desayuno no se serviría tan temprano. Yo quería hacer cuarenta y un kilómetros, y por primera vez tuve cierta inquietud por salir de ese entrañable lugar. Desayunamos todos juntos. Marco se despidió personalmente de mí, le aconsejaron el día anterior que, tal y como traía los pies, hiciese más bien poco o nada; cuando me preguntó por la distancia a Villafranca, entendió que ya estaba muy lejos y que lo mejor era hacer dieciséis kilómetros sólo hasta Belorado. “*Gracias por todo*“, me dijo Marco; “*Adios Marco, adios*” me dije a mí mismo con miedo a arrepentirme de dejar al italiano. Salí a las nueve de la mañana, y con prisas por la larga etapa que me proponía a hacer. Por unos momentos creía que un hombre que venía por detrás intentaba alcanzarme como diciendo “*A este peregrino globero lo alcanzo yo...*”, pero no dejé que lo consiguiera. Enseguida vino Gregory con su bicicleta y la bota de vino atada a lomas de su espalda; siguió a mi ritmo unos metros y definitivamente se paró para despedirse y decirme con cachondeo “*Cuidado con el italiano, que te está cogiendo*”. En el siguiente pueblo me esperaba un señor; estaba esperando a un peregrino para hacer en compañía el camino hasta VillaMayor del Río; cuando me vio, me dijo que intentó cogerme y se forzó, pues debiera ser aquel que ya dije antes, pero al ver que no me alcanzaba se dio media vuelta y cogió el coche para esperarme más adelante. Este señor me contó que él hizo ya el Camino hace tiempo y que le entusiasmó mucho, que tuvo problemas para terminarlo y que ahora ya empezaban a pasar más peregrinos, pero que en verano había llegado a contar hasta ciento noventa (increíble); me advirtió que la etapa hasta San Juan de Ortega podía resultarme muy larga, y que además había que subir bastante. Mi problema es que las ligeras ampollitas que me empezaron a salir ayer, hoy ya empiezan a ser una realidad, y esto me hace caminar incómodamente y a sentir algo que no había sentido aún el camino: esas malditas piedrecitas que se te clavan en los talones como agujas. Mala suerte a la hora de elegir este día como el más largo. Vimos a un posible peregrino, pues a mí no me lo parecía, que salía de hacer un vivac puro y duro alejado doscientos metros del Camino. En VillaMayor del Río, el pueblo de las tres mentiras según mi acompañante pues ni es villa, ni es mayor ni tiene río, me despedí de él. Volví a seguir sólo. Los talones, una vez acostumbrados, no duelen y no es ninguna gracia, pues por este miedo a parar ni me planteo ni un segundo desconcentrarme en seguir y seguir. En verdad que me planteé desde St Jean Pied de Port que no terminaría el camino e intentaría seguir con mis compañeros peregrinos para disfrutar sin prisas y estar siempre al lado de ellos; incluso, en Torres de Río, y tras consultar la guía con las etapas que va siguiendo todo el mundo, tenía claro que necesitaría cuatro días más para seguir a ese ritmo. Estos talones, que me han hecho hoy por primera vez sufrir, son los culpables de que mi determinación ahora sea la de llegar a Santiago. Al individuo este que hizo vivac lo vi una vez por delante, pero me resultaba extraño que no lo hubiese visto antes, ni siquiera en algún albergue. Cuando paré a almorzar, en un pueblo antes de Villafranca de los Montes de Oca, ocurrió algo extraño: me senté en una sombra, cansado yo y mis

talones, y aunque tuviera unas pintas algo propias con mi gorrito para protegerme del buen sol que estaba dando a campo libre a diestro y siniestro, una camisa y unos pantalones marrones, que era casi como iba todos los días pues bautizaba a estos trapos como mi ropa para caminar; se metió un coche dentro del pueblo con matrícula de Burgos, salió un señor del coche, yo le observé, él me observó, sacó una buena cámara fotográfica, ya me empecé a quedar un poco atónito, y me sacó una foto, lo cual me dejó completamente tan atónito que me dijo simplemente gracias, no supe que decir, salió con la marcha atrás por esa estrecha carretera del pueblo y ahí me quedé pensando “¿No sería más fácil que se pusiese él una simple mochila y se hiciese una foto a él mismo?”. Yo soy simplemente eso: un tío con una mochila, y ya está; un peregrino es la cosa más simple del mundo...”. Desde Villafranca queda una buen sierra que descubrir; pero el camino ahora a mí me gusta más, y creo que a mis talones también por la continua subida que resta hasta San Juan De Ortega, a excepción por supuesto de los toboganes de la parte final; pues si en un principio me parecía un bonito camino, más tarde descubrí que tras casi cuarenta kilómetros, unos talones destrozados y ya la hora tan tarde que se estaba haciendo, pues tenía intenciones por primera vez de descansar de caminar de verdad, la llegada a este lugar, donde casi existe únicamente un monasterio, se me hizo eterníisima. Una chica extranjera me aplaude como diciendo “Enhorabuena por haber llegado hasta aquí chaval a estas horas, vaya globero”; sí, vale, pero es que llegué con cuarenta y un kilómetros. Todo el mundo me era desconocido, pero ahí acababa de llegar poco antes que yo con treinta y siete kilómetros el francés de los cuareta y seis kilómetros que conocí en días anteriores, también estaba el francés que venía con la mujer y la hija canadienses (que en un principio creía que eran franceses los tres y que eran una familia, pero el francés éste quería ligarse a la mujer, ambos muy mayores, por cierto). Conocí a tres peregrinos que me abrieron sus puertas, primero el de Tudela que veía cómo llegaba un español ¿al fin?, un ecuatoriano y una chica canadiense; los tres venían casi todo el Camino juntos, con etapas no demasiado largas, incluso, unos turistas les preguntaron si se conocían antes y se asombraron cuando les contestaron que ellos vinieron en solitario pero que fue el Camino quien les había unido. Tenía los talones tan destrozados, que pedí al francés de los cuarenta y seis kilómetros, al ver sus pies descalzos y con tiritas que me diese unas cuantas, pues a mí el Compeed como que no. Ninguno nos duchamos, o eso creo, pues ese albergue con donativo, poco creo yo, en el cual no estaba el cura pero había uno del pueblo que te sellaba únicamente sentado y escuchando la jornada de fútbol dentro de su coche, ¡hacía más frío dentro que fuera!, las duchas sólo tenían agua fría y el estado era lamentable; me estaba acordando de aquel tipo que nos dijo a Marco y a mí que no limpiaban desde el año mil ochocientos. Y abajo, divisé a un tío caminando con un armario azul, “no puede ser” me dije, ¡era Marco! “¿Cómo narices te has hecho cuarenta y un kilómetros, Marco?”, pregunté; “Paso longo”, respondió el italiano; “Pero, ¿por qué? ¿y tus pies?”, volvía a preguntar; “This is to show you what an italian man can do” y también añadió “Llegué muy temprano a Belorado, a la una, y seguí hasta Villafranca, pero no vi el albergue y ya seguí hasta aquí”. Nunca me había llevado tan ecua sorpresa, y es un tanto a favor del italiano: Marco 2 – Ampollas 1. Los dos cogimos dos barreños con agua fría y a solucionar nuestros problemas como burros que somos los dos por haber llegado hasta aquí en un solo día, mientras que el grupo del de Tudela habían necesitado dos. Con el frío que hacía por la noche, y con una manta arropado Marco se metió en aquel bar, cuyos ocupantes no hacían más que mirarle, el francés de los cuarenta y seis kilómetros no paraba de reírse, y no era para más, vaya espectáculo el del italiano. Al de Tudela le pregunté si habían visto a un mejicano, un inglés y una americana; me dijeron que les pareció ver a un mejicano y a un inglés comer juntos en Belorado, pues entonces

debieran estar por delante porque aquí no estaban. Vaya frío que hacía esa noche dentro, yo con mi saco de invierno sin problemas, pero la gente con gorro, mantas el que tenía hasta arriba... Luego llegó un vagabundo que encendió la luz, cosa impropia de una persona que sabe que no debe molestar aunque la gente esté sobando desde las ocho de la tarde, pues hay mucho cansino y extranjero por aquí; un alemán dijo algo como “lighten, lighten” y el tío éste se dio como enterado, pero es que luego seguía hablando y hablando consigo mismo, quejándose de los que hacen ruta y necesitan descansar, del frío, que si no tiene mantas ...

DIA 11: SAN JUAN DE ORTEGA - BURGOS

KM: 20

FECHA: Lunes, 7 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Me quedé el último, y bonito regalito mientras veía cómo se cambiaba la alemana el sujetador porque eran de agradecer; lástima que el cambio fuese rápido y se marchase mientras estaba despistado. Marco y yo no podemos caminar juntos, esta vez no puedo esperarle y más bien necesito que lo haga él a ratos, pero tampoco puede; de todas formas, el italiano iba a coger un autobús antes de entrar en Burgos tras advertirle del consejo que me dio el señor que me acompañó hasta VillaMayor del Río de que la entrada era muy mala. Lo más atractivo de la ruta: Atapuerca; el resto, una entrada larguísima a Burgos por carretera y acera eterna, eterna y yo con estos talones destrozados que acabé por no sentir si no paraba ni me acordaba de ellos. La entrada a esta ciudad es tan larga, que ya cuando parecía que entraba en la ciudad, cogí pan para hacerme un bocadillo y pregunté lo que me quedaría hasta la catedral: cuatro kilómetros ni más ni menos. Pues a descansar y a comer en un césped cerca de una fuente. No vi pasar a Marco, por lo que cogería el autobús, pero sí vi al grupo del de Tudela que me saludaron. Cuando acabé el bocata se me acercó un tipo, con una pinta horrible, venía con un perro y me preguntaba si tenía algo para él a lo que respondí que no; además, el tipo, que parecía medio tonto, se quería amistar conmigo y se presentaba, me daba la mano, me obligaba a que le respondiera, aunque también notaba cierto aire de desprecio a lo que respondía *“Si te molesto, me lo dices. Si te molesta el perro me lo dices”*, a parte de las cosas que decía del perro como *“Es un perro muy bueno, me lo encerraron los hijos de puta, pero no hace nada”*; luego empezó a hacer preguntas más raras *“¿Te fumas un porro conmigo?”* o *“¿Tienes alojamiento?. Porque yo tengo una piso ahí en frente, no suelo meter a nadie porque hay mucha gente que es una hija de puta”*; a todo le respondía no, incluso a lo del perro y *“gracias, pero voy al albergue de peregrinos”*. Llegué al albergue, que estaba en la otra punta de la ciudad, por lo que esperaba que mañana de ciudad nada. Encontré a Marco tumbado y gritando, se acaba de curar las ampollas como todos los días y pedí al hospitalero que me diese esa habitación en lugar de la otra. Allí estaban también Sabrina (la alemana) que cogió un autobús desde Belorado (creía que no la vería), y también Trevor por lo que supuse que había llegado con Enrique y Lisa, pero la americana se quedó al final en Logroño. Burgos se convirtió así en una ciudad de reencuentros y en un punto de reflexión sobre todo lo que llevábamos de Camino, que ya empezaba a ser bastante. Comenté a Trevor de que llegaría a Santiago fuese lo que fuese y que si las circunstancias se diesen, sería capaz de hacer cien kilómetros en veinticuatro horas como dice el mismo nombre de una prueba pedestre que se hace en Madrid; Trevor me recordará en un futuro esto de las veinticuatro horas cien kilómetros. Sabrina, como no ha caminado, se siente feliz y la digo que si no caminar viene también entonces yo debería empezar a hacer lo mismo. Hay otro italiano en el albergue, viene en bicicleta y pretende hacer Lourdes, Santiago y Fátima; Marco entabla amistad con él, y entre los dos, en aquella sala cosemos las pequeñas ampollas que llevaba desde hace dos días en los talones. Ahora era Marco quién me decía que con esas pocas y pequeñas ampollas en los talones no iba a morir. Por listo, mandé al italiano a por fruta y yogur, aprovechando el viaje que hacía en

busca de unos calcetines gruesos. No me moví de allí y me quedé charlando con Sabrina y aproveché para enseñarla mi pobre alemán acompañado con *el "I think, I suppose that probably, perhaps, could be, I am thinking that it would be interesting what I am thinking about ..."* que no me quitaba de la cabeza y utilizaba para enrollarme y decir aunque sólo fuese un yes. Sabrina se tronchaba cuando me prestó su guía alemana del Camino para que leyese la etapa de mañana, pues decía que no entendía nada y que le sonaba chino, pero que le resultaba muy gracioso y que siguiese leyendo por favor, pero que seguía sin entender. La alemana se partía cuando, siendo ya tan tarde, me preguntase dónde había ido Marco a por el yogur y la fruta y de que no iba a tener cena. Cuando llegó Marco no vi mi yogur por ningún sitio, y en su lugar había una lata de espárragos; dijo algo como "He buscado yogur, pero no había por ningún sitio. Hay una ley en Burgos que ha puesto el alcalde para no vender yogur porque tuvo problemas de intoxicación con uno..." algo creíble, vamos, pero ¿por qué? ¿realmente no hay yogur en Burgos? Es algo que me preguntaré por siempre. Nos hicieron una entrevista unas chicas italianas que estudiaban filología y estaban haciendo una tesis sobre el Camino; sin duda, tuvieron a personas de lo más variopintas. Cené acompañado de Enrique y Trevor, me alegré de volver a verles, también con el hospitalero voluntario que se sentía orgulloso de sus seis compostelanas. Fue gracioso lo que me contó Enrique cuando me preguntó por los alemanes sonrientes porque me dijo que se quedaron durmiendo en los hitos de piedras de Ventosa a pocos metros del albergue de Ventosa; no me extrañaba que al día siguiente les encontrásemos en Nájera escarmentados.

DIA 12: BURGOS - HONTANAS

KM: 28

FECHA: Martes, 8 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Creo que la cura de ayer me ha ayudado; probé los hilos, y parece que dan buen resultado porque secan mejor la ampolla soltando ese liquidillo. Con el descanso de esta noche, esta mañana me ha costado menos calzarme las zapatillas. Marco y yo salimos otra vez juntos. Me sorprende de las cosas tan extrañas que hace el italiano, pues aunque no habíamos desayunado, buscábamos un bar para tomar algo pero no abrían ninguno hasta las diez; Marco se desvió de la ruta dos kilómetros para patearse todo el primer pueblo en busca de uno, y yo con él. Yo empezaba a sentirme mejor después de unos días con los talones doloridos. Nos cruzamos con una pareja de noruegos que nos dieron buenas referencias de un albergue que encontraríamos en el futuro: "*Bercianos good, very good*". Marco a veces pone una marcha muy fuerte, pero justo cuando después de juntarnos con el grupo del de Tudela mientras desayunábamos fuerte tras el atraco a un pequeño comercio, el italiano empieza a reventar, y si en un principio descansábamos, más tarde era un querer y no poder por parte de él. En Hornillos del Camino, entre un terreno casi árido y monótono, como un pequeño oasis, nos despojamos de nuestras mochilas para descansar. Marco decide quedarse, quizás se ponga en marcha por la tarde para volverme a alcanzar; de todas formas, podría ser que yo llegase a Hontanas, y tras esperarle él no apareciese. Comimos en un restaurante y nos despedimos por segunda vez en el Camino; Marco se quedaría con la comida que llevábamos porque en Hontanas decían que había comercios, y lo que no traíamos era pan que sacamos al fin de aquella comida. Yo seguí mi Camino. El camino era monótono, con charcos y barros difíciles de secar aún en primavera; no quería ensuciar mis queridas zapatillas, por supuesto. Y allí estaba escondido, allí abajo, ese Hontanas; un pueblo con una estructura original y acogedora, como aquellos sitios en los que no pasan los años y siguen escondiendo su duende. El albergue, cuya dueña no estaba en un principio, parecía muy cómodo y gobernado por las notitas que dejaba en la recepción la hospitalera. A la entrada del albergue había un grupo de extranjeros, todos ellos mayores; no estaban ni Trevor ni Enrique, lo que hizo sentirme incómodo ante tanta madurez; aún esperaba a Marco. Las gentes del pueblo, en aquel minúsculo espacio del universo, tenían toda la pinta de conocerse; además, había un funeral que recorría las calles y lo seguían todos los vecinos. La hospitalera, que nos iba a preparar una cena a todos (no gratuita, por supuesto), nos indicó que aunque normalmente se hacía más temprano, hoy se retardaría un poco por este funeral. Llegaron los australianos que conocí en Grañón; era una pareja que hacía muchos kilómetros, pero por falta de tiempo tuvieron que hacer Villafranca – Burgos en un solo día con ayuda del autobús; me dijeron que habían visto a Marco en Hornillos con los pies en agua fría y que, como era muy burro, posiblemente vendría. Yo le esperé, pero no llegó, y ya le avisé de que sería muy difícil de que me cogiera, pues al día siguiente iba a llegar a Fromista; ya me dijo algo Marco como que ya me alcanzaría si no en León. El tanteo de hoy queda en Marco 2 – Ampollas 2. Cené junto a una chimenea acompañado de una pareja de holandeses muy simpática (Ditta y Harry) y de otra suiza; los holandeses pueden hablar casi cualquier idioma, pues viven en Francia y conocen perfectamente el inglés y el alemán. "*I prefer english*" dijo Harry. Mi inglés chapucero, junto con *mi* "*I*

think I suposse...” y la colaboración de ellos para que me soltase con el inglés supuso que participase ampliamente en la conversación.

DIA 13: HONTANAS - FROMISTA**KM: 37****FECHA: Miércoles, 9 de Abril de 2003****RECUERDO QUE...**

¡Vaya coñazo...! Hoy salgo sólo, muy sólo; estoy solito. Parece ser que no tengo amigos... la pareja suiza me siguió hasta Castrojeriz donde me sacaron la foto de rigor. Creo que Enrique y Trevor debieron de alcanzar esta ciudad ayer, ¿llegarán hasta Fromista?. Los comercios no abren hasta las diez de la mañana y llego justo para ser el primer cliente y comprar algo para llevarme a la boca esta mañana y luego para almorzar. Los holandeses se han juntado conmigo ahora camino de una nueva provincia: Palencia. Yo me había puesto la radio, pues el paisaje era bastante monótono y empezaba a tener el mono de engancharme a la emisora Cadena Dial, que me acompañó en algún pequeño rato en Navarra y La Rioja; ahora era el turno de Cadena Dial Burgos. Este trayecto que parecía tan recto y fácil se convirtió en dudas cuando los holandeses se dieron la vuelta y me preguntaron, en un cruce con una señal que daba lugar a confusión, cuál era el camino verdadero; la verdad es que no tenía ni idea, pero por si acaso creímos que lo mejor era seguir y no tomar ningún desvío. Ditta y Harry me acompañaron este primer trayecto pacense; supe más cosas de ellos, pero lo que nunca llegaba a comprender era cómo se mantenía esta mujer tan joven, pues Harry sí que parecía mayor. Harry conoce Madrid porque viene en viajes de trabajo, ya que está en una importante compañía de ordenadores; quiere saber cuál es mi punto de vista de lo que es en España un ingeniero. Comí sólo en un apartadero del Camino desde donde vería pasar a todo aquel que viniese; así pasó con los australianos machacones que nuevamente iban a comerse muchos kilómetros, aunque esta vez harían lo mismo que yo, pues nos veríamos en Fromista. La Fuente Vieja, una fuente que no conocía y no había oído hablar de ella, pero cuya propaganda en la entrada del pueblo de Villafranca se terciaba con algún cartel que decía “gire en el sentido de la flecha y espere”; en un principio, como no veía fuente, me metí en una zona ajardinada pero no encontraba nada hasta que un señor mayor se me acercó y me la enseñó, porque estaba detrás de una pared, quizás motivado por la curiosidad que estaba entorpeciendo mi paso por aquel césped. Enseguida llegaron los suizos, tan contentos ó más con la fuente que yo. Como en estas épocas del año es difícil encontrar peregrinos españoles entre tanto extranjero, enseguida te preguntan de qué parte eres como pocas veces hayan preguntado. Vino otro señor mayor, muy contento, con un paraguas atado a la espalda y que cantaba, pero que los suizos no le entendían nada y éste dale que dale con las canciones “*que llueva, que llueva...*”; eso decía, pero yo le decía que ni de coña. Los uizos se quedarían allí; por hoy ya era suficiente. Hasta Fromista, la última parte del recorrido el camino viene acompañado del Canal de Castilla y no creía que lloviese, pero... casi; se levantó un aire tremendo, y con lo miedica que soy creo que caminaba dejando el canal lo más alejado de mí por miedo a que una ráfaga más fuerte de viento me arrastrase a él; además, la sensación de humedad crece y mi gorro tenía bastantes probabilidades de salir a volar en cualquier momento. Si hubiese atravesado esta parte antes, me hubiese librado de este viento tan repentino. Cuando entré en la habitación del albergue, ahí estaba Trevor sentado en el bajo de la cama, esperando a que el tiempo, que por aquel entonces parecía detenerse cuando menos lo esperas, pasase para continuar con el horario de la cena; quizás esa espera, ese reloj, cada instante de su

mente, ese duende que despertaba el inglés tuviese conciencia propia para predecir que *macho, el día aún no ha acabado, ahora deja que el Camino te sorprenda*. Yo aparecí y pude interpretar que los ojos de Trevor podían decir muchas cosas tras una despertina sonrisa: “*vaya, no te hacíamos aquí...*” ó “*vaya, sabía que llegarías*”. En Enrique, uña y carne con Trevor y una persona que transmitía vida allá donde llegaba, vi cómo se le encendían los ojos y creo que decía algo como “*¡Hombre, Angel! ¿Y cómo tú por aquí?*”. Yo tenía ganas decir a alguien, tras este ultimo trozo con un viento insoportable y en solitario, “*¡joerrr qué vientoooo...!*”. Había dos chicas catalanas, bien parecidas la una a la otra, venían haciendo el Camino Aragonés y, cómo no, habían hecho buenas migas con el mejicano. Cuando me quité las zapatillas y me calcé las chanclas sentí algunas heridillas por el rozamiento; me quise acercar a una farmacia a comprar unas tiritas para sentirme más cómodo, además Trevor se vino a por otro paquete para él y las catalanas me encargaron unos tapones para los oídos ante el presagio de lo podía ocurrir esta noche ante algún conocido elemento (lo de aquella noche fue exageradísimo).

DIA 14: FROMISTA - CALZADILLA DE LA CUEZA

KM: 37

FECHA: Jueves, 10 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Trevor y Enrique ya habían salido; hoy sólo querían llegar a Carrión de los Condes. Las catalanas, salvo una de ellas que quería avanzar un poco más pero no se sentía con plenas facultades para alcanzar Calzadilla, se quedarían igual que el resto en Carrión. Yo, para llevar la contraria, quiero seguir diecisiete kilómetros más por un terreno donde la nada se apodera de tu mente ante la desesperación de no encontrar ningún tipo de civilización. Había pensado en pasar rápido este tipo de etapas, que al fin y al cabo, resultaban una mera transición; llegaría a Bercianos con un planning perfecto, pero... hay que aguantar este ritmo sobre los treinta y cinco kilómetros por día. Las catalanas me acompañan hasta Carrión; veinte kilometrillos que hago en compañía. Por allí unos se van a un albergue que no tiene cocina pero más económico frente a otro que sí tiene. Mientras almorzaba en Carrión me mentalizaba de que quizás, posiblemente, ese árido trozo hasta Calzadilla fuese la recta de quince kilómetros que me contaron quienes venían de atrás en el Camino de Santiago que hice desde León en el 2000. Bueno, pero ahora no es verano y no creo que sea igual pues los campos permanecen verdes. Muy listo pensar que no iba a ser para tanto y partir con menos de la mitad de un bote de agua que llevo siempre a mano y pone *Pharmaton Complex*, que no es otra cosa que un bote de bicicleta. Pues no hacía excesivo calor, ni el paisaje era lo suficientemente amarillo, ni había peligro de salirse de ninguna curva por la velocidad ó ser atropellado por un coche; ¡hay que verlo para creerlo! ¡toda una tarde esperando a que esa gran explanada acabase!. Como no se ve el pueblo de Calzadilla, el único que hay, se piensa que queda muchísimo pues por lo menos hay que llegar hasta el siguiente horizonte y cada vez se ve más lejos el fin de este embrollo sin ningún tipo de civilización, ni agua. Y cuando eran las seis de la tarde, y viendo que no podía ser, que aún no se veía el pueblo, había a la derecha algo que parecía un campanario, ¡era una ilusión!... pero no era para más, pues no era posible que hubiese que remontarse a la siguiente lejanía, tan extensa de nuevo. El camino engaña a todos, pues justo como si estuviera en una olla, aparece el pueblo de Calzadilla a cincuenta metros; es increíble que esa gran extensión que dejaba tener al alcance de la vista lo más lejano no dejase ver este pueblo hasta los últimos metros. Y allí, nada más ver aquel pequeño pueblo y bajar por esa ridícula cuesta veía el albergue, pero enseguida vi la máquina de refrescos a la que me tiré de profundo haciendo caso omiso al hospitalero que esperaba con los brazos abiertos ante la llegada de un peregrino. “*Si no veías el pueblo, deberías saber que no podía ser*” me dijo cuando le mencioné el curioso hecho que observaba. Más tarde llegaron los australianos que no pudieron llegar ayer a Fromista porque se les descosió la mochila y tuvieron que arreglarla; hoy hacían cuarenta y dos kilómetros. El chico australiano, que no sabe español, acabó hablando algunas palabras y ahora sabe contar y decir los kilómetros que ha hecho (aunque le sería más fácil decir *marathon*) por ese hacer algo durante este largo y monótono camino hasta aquí.

DIA 15: CALZADILLA DE LA CUEZA - BERCIANOS DEL REAL CAMINO
KM: 34
FECHA: Viernes, 11 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

En Calzadilla no conocía a nadie, sólo a la pareja de australianos que conocí en Grañón y que debían saltarse alguna etapa para llegar a Santiago en una temprana fecha. El día se ha vuelto un tanto revuelto: sale el sol y calienta un poco, aparecen nubes y aparece frío, a veces incluso parece que llueve un poco. En Sahagún sí que cae una fuerte; la provincia de León me da una húmeda bienvenida. También hace frío. Encontré a unos ciclistas que se refugiaron ante la tormenta en la misma zona que yo, junto al albergue; “yo, Bercianos” respondí a un extranjero, pero conocedor pues me respondió con el dedo pulgar levantado: “*Bercianos, buena reputación, OK, muy bien*”. Eso esperaba de Bercianos, seguía el consejo de unos noruegos que encontré con Marco que venían *de regreso*. “*Y no me importa nada... que llueva, que granice, que sople fuerte ó que haga sol...*” es lo que cantarían por allí pues me hizo un poco de todo. Me equivoqué, pues hay un desvío para no pasar por Bercianos y pasar por Hermanillos que, evidentemente, no quería tomar; por temor a coger este *camino malo* di marcha atrás casi un kilómetro y volví a hacer lo mismo porque parecía ir por el *camino bueno* tras preguntar a un agricultor que tuvo la amabilidad de parar su tractor para oír mi pregunta. Cerca de Bercianos me pasó lentamente el ciclista que me afirmó la buena reputación de este albergue; me lo encontré a la puerta tras explicarle a la hospitalera de que venía un chico más, pues ahí llegaba yo: “*¡hola, muy buenas!*”. Como ocurría con Grañón, pero más disimulado, esto parecía una parroquia aunque se había convertido en una casa corriente donde existía un salón y una cocina en la planta inferior y las habitaciones en la planta de arriba; por lo demás resultaba parecido, pues era uno de los sitios marcados como dirigido por hospitaleros voluntarios y me explicaron lo mismo: esta es tu casa, habrá una cena común entre todos, desayuno, te podrás levantar a la hora que quieras (aunque a las once de la mañana habría una aspiradora) y un sin fin de comodidades que hace pensar si realmente te mereces. Como la hospitalera era alemana, se llamaba Sylvie, no entendía a veces las confusas frases que construía; al principio me preguntaba si me gustaban los perros y que había algunos por allí; de todas formas, esta chica era superamable y divertidísima como hospitalera de este escondido lugar del planeta. Sí, sí, sí, y si pienso y pienso cómo pueden existir lugares tan entrañables dentro de un país grande donde existen muchas provincias, y que en una de ellas que se llama León y dentro de un pueblo donde no hay comercios pero muy cerca de existen grandes urbes ¿tengo suerte de estar aquí? ¿mucho mejor que en San Juan de Ortega por supuesto que sí!. Como iba adelantado conocía a menos gente aún; yo era el único joven, pues allí estaban un par de amigos de avanzada edad vallisoletanos y que les resultaba un poco duro esto del Camino pues sólo iban siguiendo las flechas, además de los alemanes que traían un perro y un grupo de vascos. Sylvie debe estar muy contenta con su trabajo, tiene un baúl lleno de piedras en el salón escritas por un incontable número de personas que han pasado por aquí con agradecimientos y seguro que en días venideros tendrá más. Hay libros y revistas del Camino con estadísticas, etc. las cifras de peregrinos se disparan en verano y se disparan muchísimo más aún en años Xacobeos; hay un artículo de la muerte de un peregrino cerca de Bercianos y que vi un recordatorio a la entrada del pueblo, evidentemente Sylvie conocía la historia. La cena fue formidable, había una

ensalada con una crema deliciosa entre otros platos exquisitos y que fueron de absoluto agrado para mí y todos los demás comensales. Más tarde, y porque el alemán ayudó a Sylvie con la cena, nos tocó a los demás fregar una gran pila de platos y cazuelas interminables que en un principio no opuse resistencia a fregar y que mi compañero vallisoletano secase, tras el asombro de esa pila interminable, y mientras el vasco intentaba volver a encender el calentador con una cerilla, Sylvie me propuso que viniese otro voluntario a relevarme pero pensando, yo iluso, de que sólo quedarían tres platos más rehusé ante el insignificante cambio (al fin y al cabo, resulta divertido meterse en tan extrañas situaciones). Por supuesto, Sylvie siempre tenía café y fue lo que ininterrumpidamente me ofrecía mientras esperaba en el salón antes de la cena y desde que llegué, terminé de cenar... por cierto, que los vallisoletanos me ofrecieron gustosamente un trozo de papel de higiénico que rehusé para que me los introdujese en los oídos y durmiese entre sus alarmanes y conocedores, ya por ellos, ronquidos.

DIA 16: BERCIANOS DEL REAL CAMINO - RELIEGOS**KM: 18****FECHA: Sábado, 12 de Abril de 2003****RECUERDO QUE...**

Hoy no había que levantarse temprano, no me iba a plantar en León con casi cincuenta kilómetros y haría más tranquilo dos relajadas etapas. Evidentemente, soy el último, ¿quién si no? de hecho Sylvie me tuvo que calentar algo de leche y volver a dejar la bandeja del desayuno porque creía que yo ya había desayunado; ¡y qué tranquilito, relajado...!. Y cuando terminé, preparé la mochila y la cubrí del plástico porque llovía oía unas voces, ahora Sylvie no estaba abajo sola, y cuando bajé allí vi empapados a estos dos personajes: ¡Trevor y Enrique! ¡Vaya reencuentro tan inesperado! creo que ellos se alegraron tanto como yo. Enrique y Trevor habían salido de Sahagún, pero lo que les sorprendía era, a parte del hecho de que yo estaba allí y ni siquiera había salido aún cuando ellos habían andado bastante, que venían hambrientos y preguntaban por un sitio donde comer y se encontraron con el hecho de que allí tenían lo que querían sin pedirles nadie nada a cambio; Trevor, al ver la caja para dejar el dinero en la puerta en la misma calle y comentando lo extraño que les resultaba aquello le contestó a Enrique cuando salimos de aquel lugar: *“put some euros!”*. Me encontré agraciado porque llegaría a Reliegos en compañía de unos buenos amigos del Camino. Lluve. Cuando encontré a Trevor con Marco casi en Torres de Río, y viéndole andar con esos bastones y esa expresividad de fuerza desde atrás, pensé que el Camino, una terreno sin cuevas ni grandes dificultades, podría saberle poco a este gigantón y así lo demostraba cuando seguía un ritmo extra de avance frente al programa del resto de peregrinos; en el día de hoy veo las debilidades de este gigante frente a las ampollas. Enrique, un peregrino que desde el primer día en Roncesvalles no parecía que siguiese un ritmo de etapas tan exigente, me ha sorprendido por la gran suficiencia con la que ha ido avanzando y sin ningún síntoma de debilidad. Atrás quedaron los Marco, Lisa, Sabrina y demás personajes que empezaron con nosotros el Camino; sólo cabe preguntarse por dónde andarán, ¿cuántas ampollas tendrá ahora Marco? ó ¿se habrán vuelto a quedar al raso a unos metros de un albergue sin saberlo los alemanes sonrientes? Quizás nos estábamos perdiendo una bonita batalla atrás, pero lo que más importaba era la batalla que nos esperaba por delante. En Reliegos hay al fin una cocina, una oportunidad única para hacer mis espegheitis que llevo paseando durante todo Burgos, Palencia y ahora León. La hospitalera es una vecina del pueblo, muy apropiada para serlo: *“tenéis cocina, podéis hacerlos lo que queráis y estareis muy agusto...”*; nosotros encantados, pues Ditta y Harry se habían unido a nosotros y preparamos un banquete, esta vez con otra tanda de espagheitis por lo que mañana los pasearé de nuevo. Por supuesto, no hay mejor manera de celebrar de que... mañana por fin estaríamos en León.

DIA 17: RELIEGOS - LEÓN**KM: 20****FECHA: Domingo, 13 de Abril de 2003****RECUERDO QUE...**

Trevor y Enrique salieron más temprano. Les cogí en Mansilla de las Mulas. Lamentablemente, el estado de Trevor no ha mejorado; pude sacarle una sonrisa cuando, muy poco inteligentemente por mi parte, le pregunté por sus tobillos: “*how are your nickers?*”. Le había preguntado *qué tal están tus huevos*, pues había confundido la palabra *ankles* por lo que le extrañó que me interesara por sus partes más íntimas. A Ditta le resultó muy gracioso este comentario, pues no hizo más que reír en León cuando se lo comentamos. El paisaje no era nada del otro mundo, pero resultaba cómodo caminar con estos dos peregrinos intrépidos. Semana Santa, Domingo de Ramos, el albergue de las Carmelitas y principalmente en su patio se celebra este día festivo con muchas flores, ramos, coronas y una diversidad de figuras preparadas para pasear; dado el jaleo de hoy, nos han permitido que regresemos más tarde de la hora acostumbrada. Lluve un poco, y eso complica un paseo más agradable por la ciudad, la catedral, sus alrededores, en fin... pasamos la tarde en una cervecería. ¿Limonada? ¿... que hay limonada? Pues vaya anuncio que halla... ¿no?. Lo extraño de toda esta fiesta es que yo me quedé para ver el curioso paso de esta celebración, mientras que Trevor y Enrique regresaban al albergue; regresé pero no se les veía, ante la falta de peregrinos nuevos para recibir la bendición dieron un rodeo que les supuso estar en una de estas ceremonias religiosas engañados por las carmelitas. Ahí estaba la sonriente cara de Enrique “*¿Y tú por donde has entrado?... a nosotros nos engañaron*”; por supuesto que no mencionó eso de “*nos cogieron unas monjas*” porque en el idioma del mejicano esto significaría que abusaron de ellos y de sus *nickers*. Ahora la habitación esta llena, ¿de dónde habrá salido tanta gente de repente? ¿tanta gente para empezar mañana a caminar?. Harry me miró, escondió su cartera como nunca parecía haberlo hecho debajo del colchón, y me dijo con mirada hacia arriba y una leve sonrisa “*a lot of people!*”.

DIA 18: LEÓN - HOSPITAL DE ÓRBIGO

KM: 33

FECHA: Lunes, 14 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

De veras que soy agradecido, pero en una cocina tan pequeña donde sólo había cuatro vasos y algo de pan con mermelada se hace difícil el asentamiento, y más cuando vienes de echar una carrera hacia el baño donde el embudo es casi mayor. Hoy llueve con más fuerza y saltan a la vista las fundas y chubasqueros. A veces sale el sol, pero caminar por el Páramo se hace muy diferente a como lo hacía hace tres años: el camino ahora no es amarillo, sino verde, muy verde y bonito, los charcos abundan y la humedad es predominante ante semejante día. ¡Yo quiero repetir la etapa que hice por Villar de Mazarife! ¡ la carretera es sosa!. Evidentemente, como anunciaba, el desayuno de León no fue tal y sentía en la Virgen del Camino que llevaba un agujero en el estómago; gracias a que no era el único me sacié junto a Enrique, Trevor, Ditta, Harry con buen un bocadillo bien caliente de tortilla con jamón y queso. Más tarde, nos equivocábamos de camino retomando el mismo ayudado por unas mujeres de Irún que me aconsejaron que la próxima vez que vaya a St Jean Pied de Port, y más concretamente a Hendaya, cogiese el autobús y no el tren porque es lo que hacen por allí todos (normal después de lo que me sucedió, y normal que sólo hubiese pasajeros extranjeros). Ese Villar de Mazarife, y ese Trevor dolorido, “*ok, I'd like to go on*” decía cuando le preguntaba Enrique por el destino de hoy si allí ó hasta Hospital de Órbigo. Por allí no estaba el famoso artesano, un lugareño me dijo que había caído enfermo; una pena. El camino ha cambiado, tras la construcción de la nueva carretera que pasa por Astorga las obras aún continúan y la entrada a nuestro destino se hace más larga y fea de lo que recordaba hace tres años. El puente de Órbigo tiene justo a pies del mismo una hormigonera y unas zanjas, ¡qué bonita que me resultó esa entrada desde entonces!. De todas formas, recordaba el albergue, pero cuando lo volví a ver de nuevo, con esa pared dibujada, ese patio, ese pozo, y eso que la parte superior del ventanal aún no había florecido, en fin, que mi imaginación no era capaz de recordarlo tan bonito como las sensaciones tan intensas que reflejaban mis ojos. El hospitalero, un inesperado chico pues creía que aún estaba una pareja de holandeses, nos dijo algo como “*no sé si habrá sitio, eh..., pero buscaremos algo*”. Evidentemente estaba mintiendo, esperábamos a Ditta y Harry pero estaban por detrás y no veíamos a nadie por el camino, por lo que incluso nos sorprendió que hubiese una mujer mayor de Canadá antes que nosotros. Sentía nostalgia de esas duchas cuando me vi en ellas, ese patio que habían decorado con sillones... pero este chico ahora lo lleva muy bien, nos ponía música de Luar na Lubre que envolvía aquello de más encanto. Trevor tenía problemas en los pies, síntoma de aquello le vimos Enrique y yo en una farmacia donde nos explicaron que este compañero debía ir con cuidado y como mucho llegar a Astorga para que le hiciesen una nueva cura. Hacía algo de calor, pero a la vuelta cayó una cantidad de granizo enorme, tanto que se veían las bolas caídas en el patio del albergue; la sensación de frío había aumentado e incluso encendieron un radiador en la sala de estar, casi junto a las habitaciones. ¡Y por fin gasté los espaghettis!. Entablé amistad con una familia que venían en bicicleta, se habían hecho lo mismo que yo hoy, y mañana les parecía duro ir hasta Rabanal que era lo que pretendía hacer yo en un principio. Mañana debo llegar a Rabanal, pues debo seguir ese ritmo para llegar a Santiago, sino lo tendría muy difícil; lamentablemente

Trevor y Enrique se quedarían en Astorga, ante los problemas del inglés.

DIA 19: HOSPITAL DE ÓRBIGO - RABANAL DEL CAMINO**KM: 36****FECHA: Martes, 15 de Abril de 2003****RECUERDO QUE...**

Esta vez, la despedida es definitiva; Trevor y Enrique no tienen prisas, el trayecto a Astorga es bien sabido por todos nosotros que es sólo un paseo. Enrique se despediría hasta que quedase en darme un toque por teléfono cuando regresase a Madrid para coger su avión a Méjico. Sí, otra vez sólo, tal y como comencé hace ya casi tres semanas; los kilómetros no han cambiado nada, para mí es como un partido de baloncesto en el que el fin del tercer cuarto acaba con un empate a cincuenta puntos y el último cuarto empieza entonces como lo hizo el primero con la consecuente diferencia de carga de faltas personales. “Justo” antes de San Justo de La Vega, volví a encontrar a Ditta y Harry, se habían quedado en el albergue municipal de Hospital de Órbigo, creo que Ditta recriminaba que yo les había aconsejado éste pero no es cierto. Van a Rabanal. Nos pasan al fin la familia que encontré que venían en bicicleta en el albergue de ayer; ¡y aún les parecía que les quedaba un mundo para llegar a Rabanal del Camino, imagínense como debía sentirme yo que iba a pie!. En Astorga hay mercado, al final los holandeses se pierden por aquí, supongo que a almorzar para seguir más tarde. Mucha gente hace Astorga-Rabanal, y salir casi a la una de la tarde es dar mucha ventaja, ¿no?. Quería llegar pronto a las montañas, ahora habrá nieve en las cumbres más altas; desde Burgos casi no veo ni sistema montañoso, ni cumbres, ni ninguna cuesta que merezca la pena. Es tremendo, hoy sí que he llegado cansado, agotado y mermado; cuando parecía que pensaba que quedaría poco aún restaba un poco más, y cuando ya era lo definitivo era un poco más y más, ¡nunca pensé llegar hasta las seis de la tarde! Mañana lo tengo claro: lo justo; desde aquí ya voy bien de tiempo para llegar a Santiago. El albergue inglés en el que quería probar y que recomendaban las guías extranjeras, pues estaba regido por voluntarios ingleses, estaba lleno; debía repetir y volver al que hace tres años recordaba como Nuestra Señora del Pilar. Por supuesto, recordaba los aires del encargado hospitalero de este albergue regido, con bar incluido, por una familia que se esfuerza para que los turistas sigan siendo turistas y los peregrinos sean turistas. También hay lleno, pues tengo pocas camas donde elegir. La familia que del albergue de ayer que vienen en bicicleta, que son catalanes, me los encuentro allí; acababan de llegar no hace mucho según me contaron y también vi a la mujer canadiense extrañado pues sin haberla divisado en todo el trayecto llegó antes, más fresca ¿y con alguien que la traería en coche?. Aquí hay música del cielo, ¿música del cielo? Claro que sí, aquí encontramos misa cantada en gregoriano; algo que siempre había recordado de este sitio y no tiene desperdicio de ir a contemplar por muy cansado que se esté, poco católico ó desganado de ello que se esté; esta vez faltaba un monje que se había ido a Milán, creo que son pocos. La cocina del albergue es buena, lo sabía, pena que los comercios no abran hasta el verano y haya que ir preparado con comida; yo, sigo con los espagueti que parece que nunca acabo. Entro en el ligero alboroto que hay dentro de la cocina-comedor: la familia de catalanes que querían que jugase a las cartas con los niños, una pareja mayor de franceses muy amables que me daban conversación pues les gustaba encontrar a un español que pudiese entablar conversación en su idioma con facilidad y el hospitalero que traía un juego de rompecabezas que le había traído un peregrino para que mantuviese entretenida y calladita a la gente como nosotros. Cuando quería buscar

el chorizo para saborear junto a mis espagueti, tropecé con una bolsa que creía mía por lo que insistí en la búsqueda de dicho embutido revolviendo el interior de la misma, hasta que al fin me di cuenta que la mía estaba justo al lado, ¡ya me extrañaba a mí que me siguiesen quedando manzanas!. La bolsa que removí tanto resultaba ser de dos chicas de Bilbao muy majas, su poder de deducción me sorprendió cuando adivinaron a la primera que era de Madrid, ¡joer, tanto se nos nota!.

DIA 20: RABANAL DEL CAMINO - MOLINASECA

KM: 20

FECHA: Miércoles, 16 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

¡Menudo follón...! Parecía que esto sólo era en verano, pero tres servicios dan para poco. Lo mejor es resguardarse para el final. “*Tranquilo machote, que hoy sólo llegas hasta Molinaseca ó Ponferrada como mucho*” me digo por la mañana mientras pienso... ¡el primero que salió debe estar ya arriba, en la Cruz de Ferro!. Las chicas de Bilbao incluso se retrasan más que yo y las dejo mientras acaban de calzarse las botas. En la subida tengo a la vista multitud de peregrinos a los que he dado alcance al acortar una etapa ayer y que no había visto antes, a parte de la *canadiense tramposa*: un grupo de alemanas donde salta a la vista una enorme chica de piernas el doble de gordas que las mías, los franceses de ayer noche que recuerdo que confundíamos con otro cuando les comenté si habían visto pasar al *francés de los cuarenta y seis kilómetros*... arriba, en la Cruz de Ferro, hace frío, y en el poco tiempo en el que me echo al suelo y se hace notar, pasa una irlandesa a toda pastilla... una brasileña, un tanto alocada, con una bandera de Brasil, unas gafas de sol y una cámara de fotos a la que le daba al principio vergüenza de prestarme para hacerla una foto; no dejaba de caminar y reír al mismo tiempo. Sintiendo cerca Molinaseca, sin encontrar una panadería en algún pueblo situado sobre un rincón del Bierzo como Riego de Ambros, me apresuré en llegar a este destino que recordaba con su piscina natural y su puente, ¿me quedaría otra vez en Molina? ¿podría resistirme?. Encontré a un señor bien parecido a un curandero, que esperaba el paso de algún peregrino: “¿vienes de Rabanal? Pues eres el primero...” me dijo; “¿el primero? Pero si he salido casi el último...” respondí. Aunque no me lo creyese, tendría que ser cierto si efectivamente este individuo llevaba desde las nueve de la mañana en las inmediaciones de Molinaseca como decía. “*No corras, porque la tienda de Molinaseca no cierra a mediodía porque lo lleva una familia...*”; buenas noticias, porque me aseguraba acabar el fiambre y continuar a un paso más tranquilo. Me senté junto al albergue, en las inmediaciones de las escaleras a comerme el bocadillo; la puerta estaba abierta, me asomé y su interior parecía totalmente deshabitado. Un cartel donde ponía el teléfono de Alfredo, el hospitalero, eran los únicos síntomas que me llegaban para saber que aquello debía estar guardado. Enseguida lo comprobé cuando le vi venir; le recordaba, por supuesto él a mí no, su peculiar bigote es difícil de olvidar fácilmente. Alfredo no es el mismo de antes, cuando en el verano de hace tres años daba camas a todo aquel que se presentase sin importarle que viniese en coche de apoyo ó con aires solitarios como quizás pueda aparecer yo. Este hospitalero del Bierzo, uno de los pocos fijos que hay en el Camino, me comentaba que estaba harto de turistas que querían acomodarse en este albergue, de que halla gente con tanto morro que deje el coche a cien metros, donde incluso se les ve, y vengan con unas bolsas del Corte Inglés; por supuesto, le comenté que en Rabanal los dos albergues estaban casi al completo, ¿y dónde estaba la gente? Veíamos pasar a unos pocos, porque justo enfrente de nosotros debe pasar la gente que quiera ir a Ponferrada. Recibimos la visita mientras tanto de dos hospitaleros que estaban voluntarios en el albergue de Ponferrada; Alfredo les comentó “*¡teneis el albergue lleno de turistas porque por aquí no ha pasado ninguno!*”; vendrían esta noche otra vez a Molinaseca para tomar algo. Llegaron las chicas de Bilbao, cuya primera intención era seguir hasta Ponferrada,

pero... ¡qué más da, allí hay sólo turistas!. También llegaron otras mujeres, por lo que si Alfredo creía que iba a seguir yo sólo hasta Pongerrada y perderme esta ocasional noche lo iba a llevar claro. “*¡Esto si que es una credencial en condiciones!*” comentó Alfredo. A parte, llegó la brasileña; Alfredo me comentó que éstas deben estar un poco locas porque hubo una que una vez venía con los brazos cubiertos de alambres y les costó quitárselo, era porque decía que le había parecido esa etapa tan bonita y que no había sufrido nada que debía sentir el dolor. Alfredo conoce muy bien cómo curar las ampollas, su particular botiquín y ganas para ponerse a ello se hace notar tanto que la irlandesa se extraña y le dice “*¿de verdad que quieres curar esto? uy...*” mientras mostraba un desprecio por sus pies. Quedamos con Alfredo para ir a tomar unos vinos por la noche. Yo preparé mi cena, mientras que los dos alemanes que acaban de llegar tocaban el dial de la radio de Alfredo, dejamos de oír Kissfm por no oír nada; más tarde, mientras comía mis espaguetis a los que Alfredo le había añadido una guindilla de una ristra que tenía colgando allí, la brasileña se imponía: primero, quería preparar una cena para los alemanes y un invitado que salió de la nada que no era peregrino por lo que querían la mesa libre para ellos y las movieron; a Alfredo ya le estaban sacando un poco de sus casillas: lo de la radio, ahora la brasileña con malos modales... Junto con las chicas de Bilbao, fuimos a tomar unos vinos y que me había prometido Alfredo no sin antes haber quedado “*en la boca de metro*” con la irlandesa; no sabemos si cuando volviésemos íbamos a seguir teniendo albergue ó no porque la brasileña seguro que habría hecho algún estropicio, ¡uy, que peligro!. Lo de las *limonadas* ya lo entendí: es una bebida a base de vino y frutas que también se conoce como *matajudíos* y que se prepara en Semana Santa, muy conocida en la provincia de León. Cayeron unas cuantas, luego llegaron los hospitaleros de Pongerrada y cayeron más... con los hospitaleros (un chico con su padre) y dos chicas argentinas que habían tenido problemas y que no les dejaban marchar porque se sentían muy a gusto por allí con ellas ejerciendo de “*hospitaleros ocupas ó sapos*” formamos un buen grupo con el que recorrimos todos los bares del pueblo una ó más veces. Los hospitaleros de Pongerrada creo que llevaban dos semanas ejerciendo y decían que era un trabajo que quemaba mucho por el tipo de gente que se te presenta: algunos que creen que es un hotel y vienen a quejarse, que porqué no hay desayuno, que a mí no me pongáis en una habitación compartida con un pobre italiano, que séllame doscientas credenciales, dame credenciales por el morro... sin embargo con las dos chicas argentinas estaban tan encantados que todos los días les decían que no podían marcharse porque necesitaban otro día más para recuperarse. Quedamos con ellos para desayunar cuando pasásemos por Pongerrada mañana. Por supuesto que lo de la hora de cierre del albergue de Molinaseca no es del todo cierto cuando llegamos pasada la una de la madrugada sólo con la excusa de que mañana habría que madrugar un poco; pero llegó a más cuando nos alegramos de que el albergue hubiese quedado bien después del lío de la brasileña por lo que lo celebramos contando chistes que Alfredo se sabía a punta pala, sobre todo de vascos para tentar a las chicas de Bilbao. Me hizo gracia lo del samurai con una guadaña que se le apareció a Alfredo una vez, que le dijo “*soy de los inmortales, estoy buscando a ...*”. Aunque el humor de Alfredo tiene cierta picardía, como la risa que ayuda con su espantante bigote: “*Tengo un amigo así de alto que estaba aguardando en la cola del cine; mi amigo vio a un japonés que se coló, por lo que fue a recriminarle; pero el japonés le retorció el brazo y le metió la polla en la boca. Y cuando le pregunté porqué no se la mordió, éste me dijo que era la suya y no la del japonés...*” (la verdad, tuvo gracia).

DIA 21: MOLINASECA - VILLAFRANCA DEL BIERZO

KM: 28

FECHA: Jueves, 17 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Cuán fue mi sorpresa cuando vi al alemán que no era peregrino e invitaron la brasileña y los alemanes ayer a cenar sin pedir ni siquiera permiso a Alfredo. Alfredo no ve nada, pues fue a su casa, dejándonos a mí y a las de Bilbao a una hora no muy habitual para un peregrino cotidiano, y más cuando en la misma puerta de su albergue pone que la hora de cierre son las once de la noche. Dejamos una nota a nuestro hospitalero para indicarle nuestra hora de salida hacia Ponferrada, en cuyo albergue habíamos quedado con los hospitaleros de allí; así que, cuando Alfredo llegase al albergue calcularía nuestra hora de llegada a la Ponferradiña. El albergue de allí estaba cerrado, pero nosotros teníamos las puertas abiertas, éramos unos peregrinos muy dichosos. Nos enseñaron todo el albergue, con todos sus lujos, pues hay un holandés que dona bastante dinero para que tenga una buena conservación; el único pero, quizás, que esté construido sobre un antiguo cementerio. Cuando llegó Alfredo, no le quedó más remedio que quejarse ante el evidente hecho de que el alemán “okupa” durmiese en el albergue. Hoy era el relevo de turno, si estos hospitaleros habían consumido su ciclo, ahora llegaba el turno de un muchacho que había pasado hace no mucho por el Camino y que Alfredo había reconocido. Casualmente nos encontramos rondando por la ciudad a la *loca* brasileña. Ciertamente seremos los últimos peregrinos del día que dejen sus pisadas, nuestra hora de llegada a Villafranca se espera que sea tarde. Dentro de una pequeña localidad, cuyo nombre no recuerdo apareció un hombre mayor, muy atento; este hombre salió de la puerta de su casa para saludarnos y contarnos que estaba contando la gente que pasaba y apuntando todos los días, que ayudaba a todo aquel que lo necesitaba y que mandaba a la gente a un restaurante porque les había prometido de que así lo hacía si bajaban el menú de nueve a seis euros. Sin duda, este personaje puede convertirse en uno de estos *mitos* de los que se habla en el Camino como podría ser *Felisa*, anciana que se encontraba poco antes de la entrada a Logroño y que ahora la sigue su hija. Cuando llegamos a Villafranca las alemanas nos quisieron aconsejar que el albergue de *Jato* no era recomendable por sus condiciones higiénicas y que procurásemos ir al municipal. Nosotros queríamos ir al *Jato*; ha cambiado... si antes era la voluntad ahora el precio son cinco euros; lo único que me entusiasmaba era ese sentir nostálgico de subir por las chirriantes escaleras de madera de caracol hasta el ático donde las literas de dos y tres casi tocan el tejado, las cortinas parecen persistir desde años, incluso décadas... allí encontré hace tres años a mi amigo despistado el estonio con el que hice buenas migas durante el resto de aquel Camino. Más tarde llegó un vallisoletano que venía en bicicleta desde León; no podía hacerse ningún kilómetro más decía, y era allí ó allí hasta donde iba a llegar por hoy. Por la noche había procesión, por lo que se nos dijo que teníamos hora libre para regresar y que la puerta estaría abierta. Partí con las chicas de Bilbao y el vallisoletano para apurar esas últimas limonadas del Camino. Cuando regresamos, la bicicleta de nuestro amigo había desaparecido y la puerta estaba cerrada; me colé y abrí. Casualmente la bicicleta la habían metido dentro. El grupo de scouts ahora duerme (casi una cuarentena que llegaron por la tarde para empezar) ...

DIA 22: VILLAFRANCA DEL BIERZO - O CEBREIRO

KM: 33

FECHA: Viernes, 18 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Yo quería ir *por el monte*. Hace tres años tuve que soportar la incómoda carretera nacional. Ahora esa carretera estará menos transitada pues se ha construido una autovía con mejores características de tal forma que para subir hasta Cebreiro hay tres vías: la primera carretera que hubo y es la que generalmente siguen todos los ciclistas, la del puerto de Piedrafita y que es la que se seguía por la hasta entonces nacional y la nueva sobre la que existen túneles. Dori y Amaya me prometen que intentarán llegar hasta Cebreiro. Nos separamos en el puente, justo en una desviación hacia la derecha que pone Pereje/Pradela. Unos metros más adelante, a lo largo de la primera y más empinada cuesta que toma esta desviación hay un cartel sobre un fondo negro que pone: *Atención. Camino para caminantes expertos. ¿Exagerando un poco?.* El hospitalero de Calzadilla me dijo que la última vez que vino por esta desviación, que *Jato* propuso como alternativa, la tomó con mapa y brújula y aún así le parecía difícil de seguir. En el albergue me insisten de que no hay ningún problema y que está suficientemente señalizada. Incluso, un hombre sentado junto a mí se encontraba junto a un mapa estudiando una tercera alternativa que él mismo se estaba proponiendo para alcanzar el Cebreiro. Hoy llueve, aunque no lo hace constantemente, pero parece que el cielo va a romper en cualquier momento; a veces chispea un poco y otras veces para. Desde Pradela, un pueblo que parece que está escondido entre estas montañas cercanas a Galicia, desciende empicado el camino hacia Pereje donde se enlaza con la ruta que discurre por la carretera. En Vega de Valcarcel me quedé dentro de un bar-tienda a comer me un bocadillo porque además llovía más consistentemente; además se dedicaban al conocido servicio público del *taxi*, pues según me dijeron las alemanas que esperaban allí dentro si quería me podrían subir la mochila en el taxi en el que dos ó tres de ellas iban a montarse para que les subiese al Cebreiro. Desistí, pero les agradecí su ofrecimiento. Seguí algo mojado durante el resto de etapa. En Herrerías me encontré a un lugareño que se alegraba de que al fin encontrase a un peregrino de origen español. El camino está resbaladizo, abundan los charcos y subo con precaución con mis zapatillas a las que miro constantemente y que me hacen recordar lo sucedido con el barro durante el primer día de Pirineos. Encuentro a un ciclista perdido; me pregunta justo en el cruce del camino de los que van a pie y en bicicleta que cuál es su camino cuando hay un cartel muy claro con un dibujo que así lo explica. En la parte final deja de llover y puedo disfrutar de un paisaje donde la lluvia y más tarde el sol le dan una apariencia espectacular con un color verde muy intenso y vivo. En el albergue se toman la molestia de preguntarme si estaba lo suficientemente cansado, pues visto desde aquí St Jean Pied de Port sí que cae bastante lejos. Las chicas de Bilbao no han llegado y no creo que lo hagan ya. Las dos subidas de hoy, y quizás el cansancio acumulado en casi un mes, me han pasado factura y el último kilómetro me ha pesado más de lo que es habitual. La espectacular iglesia de este pueblo tan diferente, pastoril, montañero y lleno de ese duende donde el único pero es la abundancia de turistas me propició un encuentro un tanto peculiar. Justo cuando me dirigía a la iglesia, veo girar la cabeza de un individuo que a primera vista tiene ciertos aires que me resultan familiares; el individuo vuelve a girar la cabeza mientras que camina, y la vuelve a girar hacia atrás

de nuevo hasta que al final da conmigo... “*Pero... si eres...*”. Efectivamente, era Álvaro Capitán, hermano de Sergio. El equipo de cross de la escuela estaba haciendo durante esta Semana Santa el Camino desde Logroño en bicicleta. Y precisamente con unos conocidos de la Autónoma que curiosamente uno de ellos era el ciclista que me preguntó en plena subida como he relatado antes y que con casco y gafas no reconocía como él tampoco a mí cuando me dijo que “*Parecía un hombre de los bosques con el gorro...*” (¡ ... y bien que me sirvió para la lluvia!). Les mandé a Samos, igual que hice con el vallisoletano. Estaban haciendo el Camino muy deprisa, pues incluso pasaron por Manjarín por la noche y no pudieron detenerse en el albergue. Los que sí que llegaron al fin fueron los boyscout que encontré por última vez debajo de un puente pasado Pereje. En la cocina del albergue se está cómodo, quizás el aire enrarecido pero caliente ayude. Hay un señor gallego con una radio puesta; también otros, pero... todos coincidimos en la extraña coincidencia de que seamos españoles todos, parece que a medida que nos acercamos a Santiago el número crece. Había un chico que empezó en Logroño y unos días antes que yo desde St Jean Pied de Port; empezó con una mochila demasiado pesada, hecho que propició etapas demasiado cortas como la de Nájera a Azofra de seis kilómetros, aunque otras con obligación como el hecho de que me contase que esperando sentado en un banco se acercase dos veces la hospitalera de Atapuerca para decirle que el albergue estaba cerrado (tendría que ir al siguiente, es decir, Burgos).

DIA 23: O CEBREIRO - SAMOS

KM: 28

FECHA: Sábado, 19 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Creo que mis compañeros de habitación se han pasado un poco. ¡Joer con el fresco que hace por la mañana!. El señor de la radio de ayer espera a que calme la lluvia, pues no ha parado mucho esta noche. Parece que, justo cuando me aso la mochila, el cielo va a aguantarse. Hoy sí que no conozco a nadie, ¿echaré de menos a Marco? Si no le hubiese dejado atrás seguro que estaría con él, pero ¿hasta cuánto hubiesen aguantado sus ampollas? ¿hasta cuánto hubiese aguantado yo esperándole?. Obviamente, si no hubiese dejado atrás a Trevor y Enrique, podría continuar con un ritmo bastante adecuado al que quería llevar; los problemas de Trevor les ha retrasado un día, un día importante para llegar justo a tiempo a la meta: Santiago. Amaya debía regresar, mientras Dori seguiría; calculo que se retrasarían un día, por lo que quedaron atrás también, y además seguro que Trevor y Enrique les alcanzaría. ¿Me deparará alguna sorpresa más el Camino? ¿el único final que me queda es Santiago? ¿estará acabada ya mi aventura? Porque... sí así lo es, ó lo que es peor, si así lo pienso, estaré acabado para los pocos días que restan. El cielo está encapotado, no veo nada. Aún recuerdo aquellos valles al fondo que se veía en aquel verano de hace tres años y que hoy están cubiertos. La bajada a Triacastela se hace hacia un espeso manto blanco del que sólo puedo ver el camino y flores que manan a su alrededor. En Triacastela paro a comer. Un peregrino solitario me da conversación “¿Hasta donde?”. “Yo voy a Samos” le respondí. “Pues yo voy hasta Calvor”. Esto me recordó a los perfiles por etapas que tenía Enrique y que ya había visto en ocasiones; algunos prefieren seguir las etapas que marcan estas hojas como son las que hicieron Trevor y Enrique de Fromista a Carrión, de Carrión a Sahagún de cuarenta kilómetros, de León a Hospital de Órbigo; había otra que era de Cebreiro a Calvor que era una de las más largas con casi cuarenta kilómetros. El camino a Samos bordea la carretera y es un poco más largo que la ruta original por San Xil; no obstante queda el atractivo de conocer el monasterio. El camino se adentra en un frondoso bosque donde se acumula bastante humedad, hay barro y la sensación de no saber exactamente el rumbo y la cercanía de Samos es constante. Me encantó sentir que, aún arropado por las flechas amarillas, podría estar perdido en aquel bosque. Además, en ocasiones sentía la cercanía de algún resquicio de civilización cuando encontraba un par de casas y un par de metros de soñado asfalto que me hacían pensar si eso era Samos, pero... “no veo ningún monasterio”. La verdad es que Samos me parecía que podría ser un lugar donde sólo pudiese encontrar un monasterio y nada más, al fin y al cabo sólo había oído hablar de él por su monumento religioso. Cuando entro por las calles de Samos, empieza a llover y lo hace cada vez más fuerte, de tal manera que llego esprintando para mojarme lo menos posible, pues había conseguido esquivar la lluvia y quería llegar “intacto”. Allí estaba la *brasileña loca* acompañada de los dos alemanes, uno de los cuales parecía que era el centro de atención para la carioca; lo que me impactó fue encontrarla por allí, y creo que ella pensó lo mismo porque me dijo “¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿En avión?”. Pues no, uno no tiene tanta suerte y a pata que va a todos los lados. Lo primero que hice fue entrar al monasterio, ante la posibilidad de encontrar que se abría una nueva visita guiada y por temor a ser la última. El monasterio tiene frescos pintados por todas las paredes; el patio juega con el enfoque que dan las pinturas a la

profundidad. El fraile explica todo; muchas cosas difíciles de asimilar en tan escaso espacio de tiempo y con vagos conocimientos sobre estos temas a los que alcanzo. El regreso al albergue, que da acceso al interior del monasterio por una puerta que mantienen cerrada, es más de lo mismo: al lado tengo a la brasileña junto al alemán jugando a los papás y a las mamás mientras deciden el encargo de la compra; el otro alemán también llama mamá a la carioca, pero se mantiene entretenido leyendo sólo. El libro de visitas me depara una entrañable sorpresa: ayer estuvieron aquí los del equipo de cross como observo en el libro de firmas, además también llegó el vallisoletano que, sabiendo que iba a parar aquí, me escribió algo como “*Angel, ... al final no pude asistir a los Cantos porque era Viernes Santo. Suerte, ya os queda menos...*”. Verdad que me sentí agraciado por las líneas que escribió este peregrino, además del sentimiento de reflejarse que se acordaban de mí. Por supuesto, la puerta que comunica el interior del monasterio con el albergue se abrió para que algunos asistentes como yo pudiese disfrutar del peculiar canto que se produce en las misas; de hecho vi en el algún sitio que se vendían algunas cintas grabadas. Fue una suerte disfrutar de estos cantos y esa misa, me apoyé en un libro que observaba junto a un fiel donde me señalaba con el dedo qué tocaba hoy, cómo se hacía cada uno de los actos y porqué nos íbamos de una página a otra. Cuando regresé todavía estaban jugando la brasileña y el alemán. Yo me senté en la mesa con una familia de portugueses; estaba casi toda la familia: los padres, los hijos, los tíos, los sobrinos... se notaba que era el primer día porque traían tarteras con tortillas y filetes empanados preparados por lo que el banquete que se prepararon delante de mis narices fue de los buenos. Es de bien decir que los portugueses me ofrecieron entrar al envite, pero rechacé su oferta diciendo que lo mejor sería que se guardasen algo para el camino de mañana. Cuando aún no es muy tarde, nadie guarda el albergue; un libro de notas junto a la puerta me invita a echarle un vistazo, parece que va dirigido a cualquier hospitalero que venga ofreciéndose: “*Para limpiar esto se hace así, se necesita esto y lo otro, cuidado con la gente que va a ducharse y dejan sus pertenencias al acecho de cualquier sustrador, a los frailes no les gusta que se sepa demasiadas cosas sobre ellos como la hora que se levantan, lo que comen...*”. Deliciosa lectura. Un grupo de tres españoles, un matrimonio y un amigo, que encontré en el albergue del Cebreiro me dan conversación, pero lo que más gracia me hizo fue cuando me comentaron que habían coincidido en el albergue de Rabanal del Gaucelmo con los alemanes y la brasileña y la chica me dijo “*¡Nunca había visto echar a nadie un polvo tan silencioso!*”.

DIA 24: SAMOS - FERREIROS

KM: 30

FECHA: Domingo, 20 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

El cielo sigue encapotado. Ayer llovió bastante. Los caminos están más que embarrados, embarradísimos. Mi calzado es problemático cuando el agua acecha por todo lo ancho del camino y la búsqueda de una piedra ó una zona seca se hace casi imposible. Oí hablar en Cebreiros que había una fiesta el domingo en Portomarín, ¿por qué perdérmela?. No obstante, sucedió un hecho curioso. Iba caminando en solitario, el paso sobre Sarriá era una simple travesía urbana hasta que oí un grito que decía “¡Angel!” ,dí la vuelta pero no comprendí el gesto de un camarero que veía salir de un bar. Instantes después y tras comprobar que efectivamente, se trataba de mí, pude reconocer a este sujeto, ¡era Enrique!. Esto sí que fue una sorpresa. Estaba con Trevor desayunando y entonces me vieron pasar por delante del bar. Venían de Triacastela y el día anterior habían hecho Herrerías-Triacastela por una simple historia de no quedarse en Hospital de la Condesa debido al inoportunismo del hospitalero y continuar. Antes venían de Ponferrada. Llevaban por lo tanto unas jornadas bastante largas de una cuarentena de kilómetros. “*Nos preguntamos por dónde andarías, ya que como sales más tarde...*” me decía Enrique. Sin duda que fue una alegría encontrar a estos dos peregrinos que llevan una aventura similar a la mía. Me contaron que pasaron la noche en el albergue de Herrerías, que lo llevaban dos homosexuales y que con ellos también estaban Ditta y Harry; solos en este albergue poco conocido donde empiezan a sucederse las duras rampas del Cebreiro. Decidí seguir con ellos, y porqué no decirlo: prefería quedarme en Ferreiros que seguir hasta Portomarín si al fin y al cabo tenía los días suficientes para llegar a Santiago. Creo que ellos tenían pensado ir hasta Barbadelo, pero era lo suficientemente temprano como para poder continuar un poco más. Tengo algunos problemas en la espalda, y que creo que es debido al esfuerzo de las dos subidas que hice en la etapa del Cebreiro, quizás por el esfuerzo de casi un mes de Camino. Encontramos una Credencial junto con un sobre; pertenecía sin duda a la chica del grupo de tres españoles con los que estuve ayer en Samos, por la procedencia y porque comenzaron en León. Encontramos una pequeña caseta donde había cartas ó notas donde se expresaban cosas, sentimientos, deseos... no me había fijado en ello la otra vez que pasé por aquí y que con Trevor y Enrique he descubierto. El conocido riachuelo que es Camino a la vez y ya conocía incluso en verano, me hace necesitar la ayuda del bastón de Trevor. Encontramos al grupo de españoles a los que pertenecía la Credencial justo antes de llegar a Ferreiros donde el chico daba marcha atrás porque pensaba que justo por allí se le había caído la Credencial de esta chica y preocupado porque se enfadaría, si supiese lo lejos que la encontramos... Curiosamente llegamos a Ferreiros y no había nadie. La señora que se encarga de él no estaba y éramos los “primeritos”. Empieza a llover, y bien. Mejor quedarse allí, y una vez acomodado acompañado de la lluvia que te empuja para atrás, aún más. Los dos franceses que vienen desde Le Puy son la mar de cachondos; curiosamente uno de ellos es de Vallon de Pont d’Arc, donde casualmente pasé el verano pasado. También llegaron los portugueses, dejando paso al revuelo y al descontrol que propiciaba este grupo tan numeroso y chillón.

DIA 25: FERREIROS - PALAS DO REI**KM: 33****FECHA: Lunes, 21 de Abril de 2003****RECUERDO QUE...**

Cuando me levanté ahí estaba el cartón de leche por la mitad que dejaba Enrique, encima de la mesa del salón. Se habían levantado nuevamente muy temprano. Esta vez fui en búsqueda de su fuga. La recuperación de Trevor creo que propicia al invite de un comienzo de etapa bastante tranquilo. Les di casi alcancé en Portomarín. Me veían desde lo lejos y ya en este municipio, al lado del río Miño, tras el puente sobre unas escalera aguardaban. Buscamos el desayuno. La fiesta de anoche ha dejado algunos estragos de resaca; el dueño del bar donde desayunamos muestra su descontento ante la celebración producida considerándola de poco meritoria e innecesaria. El terreno de hoy es, evidentemente, reconocible por mi parte; ya había pasado por él en antaño. Es una subida suave pero continuada hasta Hospital. Se observa lo que se ha subido una vez echada la vista atrás; allí esperé tumbado a Enrique y Trevor mientras que el mejicano me decía “*¡Te hacíamos ya en Melide, Angel!*”. En lo que sí que insistía yo era en el hecho de que la hora del almuerzo se alejaba y éstos dos están acostumbrados a no comer como dios manda y reposar sino continuar hasta dejar de andar, como así quedaba demostrado cuando Trevor me enseñó ayer su cinturón: ¡le sobran agujeros cuando empezó y ahora se ha tenido que hacer alguno nuevo!. Curiosamente fuimos a parar a un pueblo, Eirexe, donde Trevor sacó una lata de coca-cola de una máquina, una señora salió de su casa y nos mandó directamente y sin hacer muchas preguntas a otra donde nos recibieron y nos sentaron directamente en la mesa. Nos enseñaron una carta donde había gran variedad de buenos platos para elegir, ¡y muy baratos! ¡huevos fritos con patatas fritas poco más de un euro! ¡... y un sin fin de sucedáneos!. Nos dimos un buen banquete y comimos los tres tan bien, ¡cómo en nuestras casas! ¿queréis más patatas? ¡toma patatas! ... y por el módico precio de un restaurante con un corriente menú comimos los tres. Coincidimos con un grupo de españoles en la mesa. Esta familia vuelca su esfuerzo y gracia con cualquier peregrino. El salón está decorado con fotos, titulares y demás símbolos referentes a este Camino de Santiago. ¡Esto sí que fue un lujo! ¡Un lujo peregrino!. Fuera tenían un *emu*; yo no sabía lo que era, creía que era un avestruz pero Enrique sí que conocía a este animal. Llegamos al albergue, era un sitio que ya conocía hace tres años; aún recordaba ante la falta de sitio que me quedé junto con los de malaga, el estonio que conocí en Villafranca y la estonia que encontramos por el camino, celebramos una pequeña fiesta debajo de unas escaleras un tanto peculiar. Esta vez, nosotros tres, Trevor, Enrique y yo, teníamos sitio, aunque no sobraba demasiado como en un principio se pensaba. Había una mujer finlandesa que enturbió la estancia por unos instantes cuando perjuraba que le habría robado alguien del albergue ante un descuido; como las camas eran literas, y ante el disgusto, pedía que alguien se la cambiase. Cuando se lo comenté a Enrique, éste me dijo que le parecía todo una farsa y le parecía deprimente, ¿quizás sea verdad esto ante la destreza de descubrir la verdad que tiene un abogado? Enrique lo era. También conocimos a unas valencianas que Enrique llamaba “Las Cármenes”. Sin duda, Enrique tenía algo especial que las atraía porque parecían comer literalmente de su mano. Ciertamente, lograrán llegar mañana como sea hasta Arzúa. Fuimos a cenar a un restaurante muy sencillo; nos encontramos sin haberlo buscado ante una hermosa vista que poseían de una

espectacular puesta de sol. Curiosamente coincidimos con aquellos que estuvieron con nosotros comiendo en Eiretxe, el comentario mutuo era que vaya coincidencia la nuestra y la de hacerlo siempre en sitios tan admirables. Me sorprendió el hecho de que llegara una chica americana que había partido desde hace dos días del Cebreiro. Lo mismo que un hombre de San Sebastián. ¡Etapas continuadas de 48 kilómetros!. ¿No puede resultar peligroso hacer tanto? Rodillas, ampollas, lesiones... no sé.

DIA 26: PALAS DO REI - ARCA DO PINO

KM: 47

FECHA: Martes, 22 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Hacía tiempo que esperaba hacer una buena tira de kilómetros, los días se acababan, y mi inminente retorno a Madrid se estaba acercando; cada minuto que pasara, acortaría aún más mi estancia en la ciudad deseada, en ese destino por el que hemos estado luchando desde hace ya casi un mes y que nos hemos ido ganando acercándonos paso a paso a él. Creo recordar que, estando Enrique en la cama de debajo de la litera, le sentía despierto cuando aún eran las cinco de la mañana. Sin saber porqué, iba a batir mi propio record, sería el día que más temprano me levantase. Incluso lo haría antes que Trevor. Salí fuera de la habitación, junto a unos sillones donde hacía un frescor matutino poco reconfortante y donde sacamos mochilas, sacos, desayuno, etc. También salieron afuera “Las Cármenes”, por supuesto. Mi gran temor hasta entonces era, ¿cómo narices seguir las flechas amarillas si todavía es de noche y no llevamos linterna?. En un pueblo antes de Melide, en Ligonde, justo después de un maravilloso puente con arcos donde se divisaba un agua cristalina, nos cogieron a Trevor y a mí, el dueño de una pequeña parroquia. Nos enseñaron de todo, y también incluso nos lo explicaron al detalle, a Trevor en inglés. Por supuesto, Enrique siguió adelante, y pensamos que no se había percatado de lo sucedido, por lo que esperamos que se detuviera a esperarnos cuando torciese la vista y no nos viese. El tiempo ha mejorado bastante, incluso ya hace calor. De camino sobre un frondoso bosque de eucaliptos, Trevor y yo no adivinamos dónde se había metido el mejicano; pensamos que incluso podría haberse extraviado por Melide y que estaría detrás. Unos kilómetros más adelante, vimos a Enrique con una colega mejicana. Me quedé un rato en el albergue de Arzúa comiéndome un bocadillo de tortilla muy malo que había comprado en el bar de enfrente, ¡qué malo que estaba el condenado!. Creo que la despedida con el inglés y el mejicano sí que iba a ser definitiva. Iba a acortar la etapa de mañana, quizás para llegar a la Misa del Peregrino que se celebra todos los días a las doce de la mañana. Unos kilómetros más adelante me cogería el hombre de San Sebastián. Llevábamos un ritmo algo fuerte, quizás él estaba más acostumbrado por las etapas tan largas que se estaba marcando, pero que no le permitía detenerse en cualquier punto por mucho tiempo; además, había empezado en Astorga. Le dije, sin más, que me apetecía parar a descansar, se lo dije cuando quedaban ya una veintena de kilómetros para llegar a Santiago, mientras éste me dijo que él necesitaba aflojar el ritmo. Yo me quedé reposando en un prado, mientras observaba el cielo que se encapotaba sobre el alto de Santa Inés, donde se encontraba el próximo albergue, me mojé un poco, me pilló una nube cargada. Cuando llegué al albergue, no vi a ningún hospitalero, sólo vi en el libro de firmas un par de alemanes y el hombre de San Sebastián. Entré, pero tras el buen ímpetu que llevaba en este día, que aún eran las seis de la tarde y me encontraba bien, me empujó a seguir hasta Arca unos kilómetros más, mañana haría menos hasta Santiago. Encontré un albergue más habitado. Por supuesto, me sentía el más extraño de todos, no sólo por el hecho de que no conocía a nadie, cosa normal a estas distancias de Santiago, sino porque así lo haces notar cuando eres el último en incorporarte al albergue. Casi no me gusta ningún sitio entre los huecos que tengo para elegir, pero al menos conozco a un saludable jubilado francés que venía desde Le Puy, había llegado hasta Finisterre y volvía otra vez hacia Le Puy, le

pillaba haciendo el camino de vuelta. Este fue el día más comprometido que tuve para hacer los espagheti, no por el hecho de que hubiera cocina y cacharros de sobra, sino porque no había manera de hacer ebulir el maldito agua.

DIA 27: ARCA DO PINO – SANTIAGO DE COMPOSTELA

KM: 20

FECHA: Miércoles, 23 de Abril de 2003

RECUERDO QUE...

Hoy era el gran día. Cuando partí de Madrid y me preguntaban si llegaría a Santiago, no tuve más remedio que negar este hecho por la evidente falta de tiempo; lo mismo le dije a la hospitalera de St Jean Pied de Port, peregrinos, etc. y hasta que no llegué a Grañón donde me preguntaron mi destino y día para mi llegada no dije que alcanzaría Santiago definitivamente si pasaba lo más rápidamente las etapas llanas de Castilla. Llegar a Santiago no era para mí un objetivo primordial, ya conocía el recorrido de esta última parte desde León. Mis ilusiones eran las de conocer, acompañar y disfrutar junto con mis compañeros de peregrinaje de este bonito Camino con todas sus experiencias, visitas que me fueran posible, por lo que encontraba fundamental llegar a los sitios con fuerzas suficientes para conocer y dar una vuelta a mi alrededor. Evidentemente, siempre hay momentos difíciles y no olvidaré lo mal que lo pasaron mis tobillos en Burgos; creo que fue la única ciudad en la que este estado me impedía disfrutar ese momento. Marco se portó bien conmigo, en aquel momento era uno de los suyos: un pobre peregrino aún más quejica y dolorido de lo que era él. Espero que no me guarde rencor por no haberle esperado desde aquella etapa en Hontanas. Resulta evidente pues, que la etapa de hoy no la esperaba. Otro sentimiento que despierta este tipo de situaciones es el hecho de presentarse la tristeza y convencimiento de que esto se acaba, se acabó este vivir tan alegremente, la cruda realidad se presenta a la vuelta de la esquina y no es fácil volver tan rápidamente a ella cuando te has pasado un mes enterito de vacaciones y nadie tiene el típico síndrome posvacacional. Sin embargo, cuando tus pies se acaban de enterar de que hoy será el último día que te presten su más que agradecido servicio de llevarte de un sitio a otro, de una cama distinta a otra, de una altura diferente a otra, de un cielo distinto al que viste ayer, es cuando más cansados y molestos parecen estar; parece que quieren decir “*¡Basta ya! ¡Al fin!*”. Es por eso que, aún estando a sólo dieciocho kilómetros de Santiago se palpan la sensación de agobio y cansancio, de agotamiento y descanso. No paré porque quería llegar a la Misa del Peregrino, y no entré en razón de que no llegaría a tiempo hasta que decidí descansar un poco en el Monte do Gozo. Ahí estaba Santiago, sí señor, aquí estaba otra vez Angel casi tres años después, y esta vez me entraban escalofríos cuando intentaba imaginarme el mapa de España y decir que... “*¡Venía desde Francia a pie!*”.